

***NO ES ESTE UN ASUNTO DE FRANCIA
SINO UN ASUNTO DE LA HUMANIDAD. NOTAS SOBRE LA
RECEPCIÓN DEL CASO DREYFUS EN BUENOS AIRES ****

Daniel Lvovich**

Resumen

En este trabajo se analiza la recepción de El Caso Dreyfus en Buenos Aires, atendiendo en particular al proceso de conformación de una opinión pública y a las formas de intervención que los actores involucrados en el debate originado en Francia se dieron en la Capital de la Argentina. Los debates acerca del Caso Dreyfus adquirieron una importante dimensión en Buenos Aires, provocando tomas de partido a favor o en contra de Dreyfus y Zola.

Abstract

This paper analyses the reception of Dreyfus *affaire* in Buenos Aires, attending in particular to the conformation process of a public opinion and to the ways of intervention, that the actors involved in this debate originated in France, took place in the capital. This debate had an important dimension in Buenos Aires so it motived the different actors to ascribe to Dreyfus or Zola.

Palabras clave: Caso Dreyfus, opinión pública

“Todos los extranjeros son partidarios de Dreyfus, prosiguió el duque de Guermantes (salvo excepciones, naturalmente). No tiene importancia. Pero cuando se trata de franceses, ya es otra cosa”

Marcel Proust *Sodoma y Gomorra. En busca del tiempo perdido*

Aunque el *Proceso Dreyfus*, entendido como episodio judicial, se desarrolló a lo largo de doce años, entre la condena de Alfredo Dreyfus por el primer Consejo de Guerra de París en diciembre de 1894 y su rehabilitación definitiva por parte de la Corte de Casación en julio de 1906; el *Caso Dreyfus*, concebido como asunto público y político, no comenzará hasta fines de 1897, momento en el que el Comandante W. Estherazy

* Agradezco a los colegas y amigos que colaboraron con este trabajo: Celina Lloret me facilitó la búsqueda de fuentes y me entregó una copia del volante que convocaba a la manifestación de 1899; Juan Suriano me permitió consultar la versión microfilmada de *La Protesta Humana*; el personal y la Comisión Directiva de la Biblioteca Obrera Juan B. Justo me permitieron acceder a *La Vanguardia*; Claudia Lavié tradujo del francés los artículos periodísticos de *Le Courier de La Plata* y *La France*. Agradezco también los comentarios a versiones de este trabajo realizados por Sandra Gayol, Alejandro y Fabián Herrero, Marcelo Fonticelli y Federico Finchelstein.

** Instituto de Ciencias, Universidad Nacional de General Sarmiento. Correo-e: dlvovich@ungs.edu.ar

resultará señalado como el verdadero traidor, para terminar en septiembre de 1899, cuando bajo el gobierno de un gabinete de defensa republicana presidido por Waldeck-Rousseau, y tras la segunda condena dictada por el tribunal de Rennes, se otorgue a Dreyfus el indulto presidencial¹.

La cronología de los acontecimientos es ampliamente conocida, por lo que la presentaremos aquí de modo muy sintético. Entre fines de 1894 y fines de 1897, el caso fue tratado básicamente como un asunto de espionaje, por el que Dreyfus –uno de los 300 oficiales judíos del ejército francés– será condenado por un tribunal militar a las penas de deportación en un recinto fortificado, su destino sería la isla del Diablo, y de degradación. Contra la interpretación oficial, que gozaba de un amplio consenso, se levantarán algunas voces solitarias, originalmente la de su familia, luego las del Comandante Picquart y el Senador Scheurer-Kestner. A partir de las acusaciones contra Esterhazy y, fundamentalmente, de la intervención de Emile Zola en defensa de la inocencia de Dreyfus desde fines de 1897 –lo que le acarreará su procesamiento y condena– la demanda de revisión del proceso se constituirá en un elemento central del debate político francés, que polarizará a aquella sociedad en dos definidos campos. Importantes disturbios antisemitas en Francia y Argelia agregarán en este período una dosis adicional de dramatismo a los acontecimientos. Si las repercusiones del caso habían trascendido largamente las fronteras de Francia, la segunda condena a Dreyfus provocará amplias oleadas de indignación en gran parte de Europa y América. El indulto a Dreyfus, aunque pondrá punto final a lo que hemos delimitado como *El Caso*, no impedirá que sus repercusiones se sucedan, fundamentalmente en ocasión de la muerte de Zola en 1902 y de la rehabilitación definitiva de Dreyfus en 1906.

Las secuelas inmediatas del proceso Dreyfus fueron, como es bien sabido, múltiples: la publicación de *El Estado Judío* de Herzl y la convocatoria en 1897 al primer Congreso Sionista en Basilea –en el que a su vez se inspiraría el mito de los “Sabios de Sión”²–, la fundación de *L’Action Francaise*, una acentuada y perdurable división política de Francia.

Más allá de su especificidad, el caso conformará, como sostiene Winock, un modelo perdurable de crisis política e ideológica, cuyas líneas de fractura han mantenido relaciones de homología con diversos momentos clave del siglo XX francés (la crisis política de 1934, la “Revolución Nacional” de Pétain, la guerra de Argelia)³.

Igualmente es bien conocido que con el caso Dreyfus nace el concepto, en principio peyorativo, de *intelectual*, y –en torno a la actuación de Emile Zola y otros *dreyfusards*– la figura del que, con un prestigio fundado en la autonomía del campo cultural y en todos los valores a este asociados –competencia específica, ética– afirma su autoridad median-

¹ Michel Winock, *La Fièvre hexagonale*, París, Calman-Lévy, 1987, p. 141; León Poliakov, *Historia del Antisemitismo*, tomo V, *La Europa suicida. 1870-1933*, Barcelona, Muchnik, 1986, pp. 73-74; Pascal Ory y Jean François Sirinelli, *Les intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Colin, 1996, pp. 14-15.

² L. Poliakov, *op. cit.*, p. 74; Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, Buenos Aires, Milá-Editor, 1988, pp. 72-73.

³ M. Winock, *op. cit.*, y del mismo autor, *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*, París, Editions du Seuil, pp. 157 y ss.

te la intervención en la esfera política. En este sentido, el *J'Acusse* será un contundente ejemplo del modo en que el intelectual moldea su accionar en términos de una "política de la pureza", enfrentando a la Razón de Estado y a los valores de una comunidad en nombre de un universalismo ético, capaz de fundamentar un magisterio moral y de convocar a una movilización colectiva para promover esos valores⁴.

Crisis jurídica, crisis política, crisis moral, invención de la figura del intelectual, encarnizados enfrentamientos en las páginas de la prensa periódica, el caso Dreyfus no podía dejar de repercutir, con insospechada potencia, en la opinión pública argentina, sobre todo teniendo en cuenta la enorme influencia que sobre amplios contingentes de la misma había adquirido la cultura francesa a lo largo del siglo XIX.

En este trabajo analizaremos los modos en que se desarrolló la recepción de *El Caso* en Buenos Aires, atendiendo en particular al proceso de conformación de una opinión pública al respecto y a las formas de intervención que los actores involucrados en el debate originado en Francia se dieron en la Capital de la Argentina. Sostendremos que los debates acerca del Caso Dreyfus adquirirán una importante dimensión en Buenos Aires, provocando tornas de partido en favor o en contra de Dreyfus y Zola por parte de un muy amplio arco, aunque la defensa de principios genéricos a que dió lugar la polémica se desarrollará con una muy débil traducción local.

En la Argentina de la última década del siglo XIX el impulso liberal de los años '80, que había reducido la influencia de la Iglesia Católica a su mínima expresión⁵, comenzaba a mostrar los primeros síntomas de agotamiento. Si el rechazo de la élite hacia los inmigrantes se había manifestado en la década de 1880 sobre todo a través de la conformación de estereotipos negativos, que alcanzaron una conocida expresión literaria, sin provocar empero acciones políticas restrictivas; la emergencia en el decenio posterior de la *cuestión social* acarreará los primeros debates que provocarían, al comenzar el nuevo siglo, la sanción de leyes destinadas a limitar la actividad política y sindical de los trabajadores.

En la misma dirección, la confianza en el progreso expresada en las filosofías racionalistas y positivistas de la época, comenzará a corroerse a partir de la gran crisis de 1890 y de la aparición, en ese mismo año, de una alternativa política que cuestionaba las mismas bases del orden político conservador. Asistimos entonces a la emergencia de discursos que, en tono espiritualista, intentarán explicar la crisis que aquejaba a la nación a través de argumentos de orden fundamentalmente moral.

Sin embargo, el giro hacia posiciones cada vez más conservadoras por parte de la élite, no implicaría ni un afianzamiento de la influencia clerical –que aunque creciente, no se tornará fundamental hasta entrado el siglo XX– ni la pérdida total de confianza en el ideario liberal que, aunque postergado en su plasmación hasta que se alcanzara en Argentina la etapa de la *República Verdadera*, no dejaría de conformar el prisma a través

⁴ Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 451 y ss.

⁵ Cf. Tulio Halperín Donghi, "1880: Un nuevo clima de ideas" en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

del cual gran parte de sus miembros continuarían interpretando el devenir de la sociedad. En este sentido la cosmovisión liberal, aunque ciertamente conmovida en sus fundamentos, continuaba constituyendo lo dominante⁶ en la Argentina finisecular.

Es que, como ha sostenido E. Zimmermann, en la América Latina del siglo XIX, liberalismo y conservadurismo no guardaban necesariamente una relación de antagonismo:

“El liberalismo latinoamericano del siglo diecinueve abarcaba una variedad de temas que excedían la identificación con el *laissez faire* económico; temas que iban desde la preocupación por el establecimiento de garantías constitucionales protectoras de los derechos individuales hasta el aporte a un proceso de secularización social que redujera o eliminara la influencia de la Iglesia Católica. Por otra parte, los liberales latinoamericanos debieron conciliar su preocupación por los límites del poder estatal con el proceso de construcción de las naciones-Estados respectivas, lo que no siempre produjo posiciones doctrinarias o políticas totalmente coherentes. En este sentido, se ha argumentado que en la América Latina del siglo diecinueve, ‘conservador’ y ‘liberal’ fueron muchas veces interpretados como características complementarias más que opuestas de un sistema político...”⁷

Es por ello que podemos afirmar que las apreciaciones que, al menos en Buenos Aires, se desarrollaban sobre los avatares del caso Dreyfus, partían de una matriz genéricamente liberal, de la que sólo quedaban excluidas la Iglesia Católica y las corrientes y personalidades en ella inspiradas.

En la ciudad de Buenos Aires presenciábamos en la década en cuestión la consolidación de una esfera pública, que en los años precedentes se había organizado “de manera autónoma del Estado, también en construcción”, siendo sus facetas más visibles la expansión del asociacionismo, una creciente ampliación de la circulación de la prensa periódica, y el desarrollo –en un escenario de muy limitada participación electoral– de una cultura de la movilización⁸. La opinión pública de la ahora Capital será invocada como una importante instancia de legitimidad política, a la que necesariamente debían tener en consideración los partidos o facciones en pugna.

En este contexto, la creciente circulación e influencia de la prensa resulta de una importancia central. Para 1877 la Argentina tenía una población de 2.347.000 habitantes y se editaban en el país 148 periódicos, lo que entrega un promedio de un periódico cada 15.850 habitantes. Cinco años después, la población superaba los tres millones de habitantes y circulaban 224 periódicos de todo tipo, estableciéndose ahora un promedio de

⁶ En el sentido atribuido al término por Raymond Williams. **Marxismo y Literatura**, Barcelona, Península, 1980, cap. 8.

⁷ Eduardo Zimmermann, **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916**. Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995, pp. 41-42. Para las características políticas del período, cf. Natalio Botana, **El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. Para una evaluación del pensamiento de la época, cf. Oscar Terán, **Positivismo y Nación en la Argentina**, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

⁸ Hilda Sabato, **La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880**. Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 19. De la misma autora, véase también “Ciudadanía, participación política y la formación de una esfera pública en Buenos Aires. 1850-1880”, **Entrepasados. Revista de Historia**, año IV, N° 6, principios de 1994.

un periódico cada 13.509 habitantes, el tercero en el orden mundial. Destacaba por entonces Ernesto Quesada que uno de los diarios de la Capital tiraba 8.700 ejemplares y varios alcanzaban los 5.000, pero que se trataban estos de casos excepcionales, ya que la mayoría de los periódicos publicaban una muy limitada cantidad de ejemplares. Para 1887 *La Prensa* y *La Nación* compartían una tirada promedio de 18.000 ejemplares diarios, seguidos por *El Diario* con 12.500, *La Patria Italiana* con 11.000, *Sud-América* con 6.000, *La Tribuna* con 5.500, *La Patria* con 5.000 y *Le Courrier de La Plata* con 4.500 ejemplares⁹.

La incorporación de modernas máquinas permitirá a *La Nación* alcanzar un tiraje de 35.000 ejemplares en 1890 y a *La Prensa* rozar los 100.000 al finalizar el siglo¹⁰.

Desde fines de la década de 1870 los principales diarios se suscribirán a las agencias de servicios telegráficos, cuyo desarrollo permitirá a los lectores de Buenos Aires seguir las noticias originadas en el extranjero sólo 24 horas después de ocurridos los sucesos. *La Nación* será el primer medio en establecer el servicio por medio de sus propios representantes, evitando con ello, como afirmaba el *Anuario de la Prensa* de 1897, "... que las noticias lleguen falseadas por los intereses nacionales, partidistas o económicos de las agencias noticiosas"¹¹. *La Prensa* no tardará en imitar la iniciativa de *La Nación*, mientras la mayor parte de los periódicos recibirá información por medio de la agencia de noticias Havas.

No resultaba de menor importancia la circulación de los diarios de las colectividades inmigrantes, teniendo en cuenta para ello que para 1887 la tirada conjunta de los diarios escritos en italiano alcanzaban las 20.000 copias, para una población de 138.000 habitantes de ese origen en Buenos Aires¹². Asimismo, la última década del siglo asistirá al nacimiento y la creciente circulación de los periódicos socialistas y anarquistas.

El conjunto de la prensa del período entenderá que su función legítima excedía claramente la función informativa, para constituirse frecuentemente en voceros de partidos o facciones o en auténticas "tribunas de doctrina", dispuestos a defender los principios que sustentaban y a incidir en la conformación de una opinión pública que se iría tornando cada vez más influyente. Por ello resulta fundamental para nuestro trabajo considerar los modos en que los principales periódicos de Buenos Aires presentaban a sus lectores las alternativas del caso Dreyfus.

1898: El año Zola. La formación de una opinión pública: la gran prensa, Zola y Dreyfus

Para un lector no demasiado atento a los sucesos internacionales, las primeras instancias judiciales del proceso Dreyfus pasaron seguramente desapercibidas. En Bue-

⁹ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, cap. I: "Configuración de los campos de lectura", pp. 34-37.

¹⁰ *Idem*, pp. 37 y 40.

¹¹ Jorge Navarro Viola (dir.) *Anuario de la Prensa Argentina*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni e hijos, 1897, p. 24.

¹² Ema Cibotti, "Periodismo político y política periodística: la construcción pública de una opinión italiana en el Buenos Aires finisecular", *Entre pasados. Revista de Historia*, año IV, n° 7, fines de 1994, p. 7.

nos Aires, como en otras capitales del mundo, los grandes diarios se limitaron en 1894 a reproducir las noticias sobre su condena transmitidas por las agencias cablegráficas, sin emitir opiniones propias sobre la cuestión y sin que la información ocupara lugares particularmente destacados. El diario *La Voz de la Iglesia*, "órgano directa y exclusivamente arzobispal"¹³ que sería en los años sucesivos el único vocero abiertamente *antidreyfusard* de Buenos Aires, ni siquiera registró en sus páginas la primera condena de Dreyfus.

Esta situación cambiaría radicalmente a partir de fines de 1897, para tornarse, a partir de la decisiva intervención de Zola, en un tema de debate casi cotidiano en el conjunto de la prensa periódica, a tal punto que, comenzando el año 1898, *La Nación* no dudará en afirmar que el caso Dreyfus, íntimamente ligado al proceso contra Zola, constituía "... el hecho de mayor actualidad que existe en el terreno internacional. Más que de la guerra de Cuba y del reparto de la China, se habla en todas partes de Zola y de sus acusadores."¹⁴

Además de la muy amplia cobertura que los periódicos otorgaban a los sucesos que se desarrollaban en Francia, los lectores porteños podían tener acceso a información y opiniones sobre el desarrollo del caso Dreyfus a través de libros llegados desde Francia —como la novela *Le Capitaine Dreystock* de L. de Ricaudy o la recopilación de documentos y antecedentes realizada por el capitán Paul Marin, publicada como libro con el título de *Dreyfus?*— o por publicaciones en español, como *Alfredo Dreyfus*, colección de fascículos editados por la casa Molfino¹⁵.

En lo referente a las actitudes de la prensa sobre el *affaire*, junto a las posiciones doctrinarias sustentadas por cada diario, la consideración que se tuviera de la figura de Zola resultará definitiva al momento de emitir juicios sobre los eventos que conmovían a Francia.

La Nación, que solía publicar como folletín distintas obras del autor de *Germinal*, y que entre fines de 1897 y comienzos de 1898 ofrecía a sus lectores su novela *París* en entregas cotidianas, sostenía una posición de admiración y respeto incondicional hacia la figura y la obra de Zola¹⁶. Tal consideración llevará al periódico a variar profundamente, en el transcurso de pocas semanas, su posición sobre la reclusión de Dreyfus en la isla del Diablo.

En sus comienzos el caso *Dreyfus* era seguido, de manera cada vez más frecuente, en la sección telegramas de *La Nación*, que dependía, como dijéramos, de corresponsales propios del diario. Las informaciones allí expuestas, pese a presentarse generalmente en un tono de neutralidad, dejaban entrever la convicción en la culpabilidad del ex capitán¹⁷. Las sucesivas intervenciones de Zola serán reseñadas asimismo en aquella sec-

¹³ Paul Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Sudamericana, 1939, p. 115.

¹⁴ *La Nación*, 20 de enero de 1898, p. 5.

¹⁵ *La Nación*, 18 de enero de 1898, p. 3, *La France*, 6 de septiembre de 1899, p. 2.

¹⁶ El 22 de diciembre de 1897 *La Nación* reproduce un fragmento del libro *Almas y Cerebros* de Enrique Gómez Carrillo, en el que se relata una visita del autor a Zola, a quien trata como un indiscutible maestro. Para una opinión anterior sobre Zola, véase Carlos M. Urien, "*La Debacle*" de Zola, Buenos Aires, Peuser, 1892, que reproduce varios artículos publicados en el citado diario.

¹⁷ Informaban, por ejemplo, que "El periodista judío Bernard Lazare ha publicado un nuevo folleto en que intenta probar la inocencia del ex capitán Dreyfus. Nada de nuevo contiene el folleto" y en ocasión de la entrega por el senador Scheurer-Kestner de nuevos documentos que probarían la inocencia de Dreyfus

ción¹⁸, momento en que se evidenciarán los primeros indicios de una toma de posición favorable a Dreyfus, a partir de la publicación de una carta de Gabriel Monod en la que se defendía la inocencia del condenado en la isla del Diablo¹⁹.

Sin embargo, el papel principal en la conformación de una opinión sobre el caso recaerá sobre uno de los principales corresponsales de *La Nación* en París, Alfredo Ebelot²⁰.

En sus primeras *Cartas desde París* —que, transportadas por barco, se publicaban varias semanas después de su redacción— informaba sobre el estado de la opinión pública francesa sin tomar partido alguno, lo que no le impedirá condenar el papel jugado por el antisemitismo en el desarrollo del *affaire*²¹. La intervención de Zola motivará que Ebelot comience a tomar una posición favorable a la revisión del proceso, aunque descartando la posibilidad de la inocencia de Dreyfus y otorgando crédito a las versiones, difundidas por el arco *antidreyfusard*, sobre la existencia de un sindicato judío empeñado en lograr la libertad del traidor²². Afirmaba Ebelot que:

“Ya la campaña iniciada por la familia Dreyfus recoge adhesiones de valía. No es la menos ruidosa la de Emilio Zola, que ha entrado en la liza con toda la intrepidez de su carácter y todo el prestigio de su talento, declarando que toma a su cargo el conseguir la rehabilitación de Dreyfus. En esto como en teorías literarias Zola no se para en chicas...”

Ebelot sostenía en la ocasión que la campaña de la familia Dreyfus sólo pudo ser llevada a cabo debido a que sus miembros eran muy activos, ricos e intrigantes y porque estaban “disimuladamente ayudados por conspicuos miembros de la alta banca israelita, por solidaridad para con sus correligionarios”, concluyendo que:

“Ahora todos los hombres de buen criterio opinan que la revisión del proceso se impone, y esto no quiere decir que se prejuzgue nada sobre la culpabilidad o no culpabilidad de Dreyfus. Por mi parte, no participo de la convicción de Zola, lo creo culpable, por mil indicios que así me lo persuaden...”²³

En sucesivas colaboraciones, Alfredo Ebelot irá modificando paulatinamente su postura, sosteniendo que las causas de la agitación a favor de Dreyfus residía en la ini-

al gobierno, calificaban su contenido por “...la flojedad de los alegatos...”, *La Nación*, 12 de noviembre de 1897, p. 4 y 15 de noviembre de 1897, p. 4.

¹⁸ *La Nación*, 26 de noviembre de 1897, p. 4; 2 de diciembre de 1897, p. 4, 6 de diciembre de 1897, p. 4 y 14 de enero de 1894, en la que se reseña el célebre *J'Acusse*, publicado el día anterior en *L'Aurore*.

¹⁹ *La Nación*, 1º de diciembre de 1897, p. 3.

²⁰ Alfredo Ebelot (1839-1920), nacido en Francia e ingeniero de profesión, se desempeñó hasta 1870 como secretario de la *Revue des deux mondes*. Radicado en Buenos Aires, participó en la “primera campaña al desierto”, dirigiendo la construcción de la “Zanja de Alsina”. De vuelta en Francia, compartió las colaboraciones en *La Nación* con su función de “Director político” de *Le Courrier de La Plata*.

²¹ *La Nación*, 16 de diciembre de 1897, p.3, y 24 de diciembre de 1897, p. 3.

²² En los momentos iniciales del proceso, esta creencia trascendía los límites de la derecha política francesa, al punto que el propio Jean Jaurés llegó a sostener en 1894 que el oro judío había evitado la condena a muerte de Dreyfus. L. Poliakov, *op. cit.*, p. 73.

²³ *La Nación*, 27 de diciembre de 1897, p. 3.

quidad del secreto de los debates y de las pruebas empleadas por el tribunal que lo había juzgado ; planteando que los verdaderos ejes de la cuestión residían en el militarismo y el antisemitismo, "...formas bajo las que se presenta el espíritu de reacción contra las tendencias democráticas del siglo..." y lamentando "...ver a un gobierno que se titula republicano andar a remolque se esta gente..."²⁴, y mostrándose a la par cada vez más convencido de la inocencia de Dreyfus.

La línea editorial del diario se encaminará en la misma dirección, motivada sobre todo en su admiración a Zola, a quien dedicó dos extensos homenajes, en los que se delinean los rasgos que harán de su figura el prototipo del intelectual. Decía en uno de ellos:

"Si hay algo digno de admiración en estos momentos es la actitud, la entereza de ese escritor popularísimo, que ya sea porque tenga pruebas de la inocencia de Dreyfus, ya sea porque tenga la convicción de esa inocencia, afronta la impopularidad, se atreve sólo contra la oposición, la conjuración, los gritos, las manifestaciones, los ataques del pueblo, de la prensa, del gobierno, del parlamento, del ejército, dando pruebas de un valor cívico de que hace muchos años que no se tenía un ejemplo tan vivo, tan elocuente, ni en Francia ni en otras naciones.

"Y si hay algo vituperable, es la conducta del gobierno, de las cámaras, de los publicistas y hombres públicos que para justificar su proceder, para mantener quizás un error, mezclan al ejército en el asunto, explotan el sentimiento patriótico y la animadversión contra los judíos, induciendo a los que no se hallan apasionados a sospechar que efectivamente se ha cometido con el ex capitán, con el presidiario de la isla del Diablo, una gran injusticia."²⁵

Tal admiración hacia Zola acompañará posiciones cada vez más firmemente favorables a la causa *dreyfusard*. *La Nación* reproducirá entonces en su página editorial artículos aparecidos en diarios franceses sobre el caso y describirá la vida de Dreyfus en la Isla del Diablo²⁶, para publicar finalmente las versiones completas de *Yo Acuso* y de la *Carta a la Juventud* de Zola —recién traídas por un vapor al Río de La Plata— acompañadas de elogiosos comentarios²⁷.

Los lectores de *La Nación* encontraban en los primeros meses de 1898 una información cada vez más frecuente y completa: el diario seguía con atención las alternativas judiciales, publicaba los debates del Parlamento francés, reproducía las opiniones en la prensa internacional. Asimismo, emprenderá una apasionada defensa de Zola en el juicio que se le seguía por difamación, sosteniendo que una posible condena sería el "...lógico corolario de la condena de Dreyfus y del juicio de Esterhazy...", que había resultado absuelto, y afirmando que un veredicto tal provocaría que "La sospecha vehemente cuando no la convicción de que con Dreyfus se comete el crimen de infamar y martirizar a un inocente, se irá apoderando cada vez más de las conciencias, hasta que por fin estalle un movimiento unánime, irresistible, exigiendo la prueba"²⁸. Lógicamente, *La Nación* re-

²⁴ *La Nación*, 21 de febrero de 1898, p. 3.

²⁵ *La Nación*, 15 de enero de 1898, p. 5.

²⁶ *La Nación*, 20, 21 y 22 de enero de 1898.

²⁷ *La Nación*, 4 de febrero de 1898, pp. 5 y 6, y 11 de febrero de 1898, p. 3.

²⁸ *La Nación*, 12 de febrero de 1898, p. 5.

accionará indignada ante la condena de Zola²⁹ y, aunque el tema perderá en los meses sucesivos la centralidad informativa que había alcanzado –para opacarse ante el surgimiento de la llamada “cuestión internacional”, como se denominaba al conflicto limítrofe con Chile de 1898-1899– no dejará de prestar atención a los sucesos de Francia, continuará publicando colaboraciones de intelectuales *dreyfusards*³⁰, y no evitará mostrar su satisfacción ante el anuncio de la próxima revisión del proceso contra Dreyfus³¹.

El otro gran diario de Buenos Aires, *La Prensa*, ofrecerá también a sus lectores una información completa sobre las alternativas del caso Dreyfus y del proceso a Zola, a través de su servicio propio de corresponsales y de los cables de la *Compañía Cablegráfica de Centro y Suramérica*, con sede en Galveston. *La Prensa* intentará sostener una línea editorial mucho más neutra que la de *La Nación*, aunque la mayoría de las colaboraciones que recibía desde París evidenciaban, en 1898, una marcada hostilidad hacia las figuras de Dreyfus y Zola.

En efecto, si en ocasiones este periódico publicaría artículos en los que se defendía la inocencia del ex capitán, se denunciaba el carácter antisemita del caso o se elogiaba la intervención de Zola³², las colaboraciones más frecuentes recibidas desde Francia eran producto de la pluma de dos miembros de la Academia de Francia enrolados en las filas *antidreyfusards*: Henry Houssaye y Francois Coppée³³.

Si la mayor parte del *establishment* literario y académico francés era, efectivamente, contraria a la revisión del proceso contra Dreyfus³⁴, el dato será empleado por Houssaye como argumento contra la intervención de Zola, al resaltar que noventa y cinco de los cien miembros de la Academia apoyaban “...al ejército vilipendiado...” por el *J'Accuse*, confiando en que “...si Zola hubiera pertenecido a la Academia, quizás no hubiera escrito su carta tan elocuente, tan convencida, pero tan malhadada!”³⁵

Tanto Coppée como Houssaye atacarán en reiteradas ocasiones lo que entendían como una intemperada y plena de acusaciones infundadas actuación de Zola, alegrándose de que, como paradójico efecto, los franceses se mantuvieran contrarios a la revisión, conservaran su confianza en los jefes de su ejército y demostraran su adhesión a las fuerzas armadas en distintas manifestaciones³⁶. Los argumentos antisemitas, en cambio, no aparecerán en ningún momento en sus colaboraciones.

Pasado el punto más álgido de la intervención de Zola, a mediados de 1898, *La Prensa* retornará a prácticas informativas mucho más neutras.

²⁹ *La Nación*, 24 de febrero de 1898, p. 5.

³⁰ Entre otros, publicará una colaboración especial de C. Lombroso, en la que critica el carácter reaccionario y antisemita del proceso contra Dreyfus, intentando mostrar que la tradición de Francia –supuestamente el país latino más liberal– resulta en realidad profundamente reaccionaria (5 de marzo de 1898, p. 3), una carta de Zola al Presidente del Consejo H. Brisson (8 de agosto de 1898, p. 3), un artículo de Max Nordau en defensa de Dreyfus (18 de agosto de 1898, p. 3) y varias colaboraciones de A.Ebelot.

³¹ *La Nación*, 27 de septiembre de 1898, p. 5.

³² *La Prensa*, 7 de enero de 1898, p.3 y 4 de febrero de 1898, pp.3-4.

³³ Prochasson incluye a Coppée entre los intelectuales *antidreyfusards* que, pese a no contar con pruebas convincentes contra Dreyfus, mantuvieron su posición por motivos utilitarios; Christophe Prochasson, “L’Affaire dans tous ses états” en Jean Pierre Rioux y Jean Francois Sirinelli. *Pour une histoire culturelle*, París, Editions Du Seuil, 1997, p. 241.

³⁴ M. Winock, *La fièvre ...*, p. 162.

³⁵ *La Prensa*, 12 de marzo de 1898, p. 3.

³⁶ *La Prensa*, 13 de febrero de 1898, p. 3, 15 de febrero de 1898, p. 3; 12 de marzo de 1898, p. 3; 28 de marzo de 1898, p. 3.

Hacia fines de 1898 Paul Groussac pasó una larga temporada en Francia, oportunidad en la que colaboró con frecuencia en las páginas de *La Prensa*, publicando sus opiniones sobre la actualidad de su país natal. Veinte años después, se afirmaba en las páginas de una revista judía de Buenos Aires, en el contexto de una réplica a un artículo de Groussac sobre el sionismo, que en aquella ocasión el Director de la Biblioteca Nacional se había unido a los más fervientes acusadores de Dreyfus:

“Los intelectuales franceses han tenido siempre como título de honor el haber defendido al pobre prisionero en la Isla del Diablo. ¿Y el señor Groussac, intelectual francés, ¿fue también uno de los que se unieron a Zola, Anatole France, Jaures, Labori, Clemenceau y mil otros en defensa de la justicia? No. Mr. Groussac militó en el grupo opuesto, entre los clericales, entre los enemigos de la verdad, entre el populacho que gritaba por las calles de París ‘!Mort aus juifs!’ Y aquí, en la Argentina libre de prejuicios, emprendió, con el beneplácito de la gente de sotana, una campaña feroz contra Dreyfus.”³⁷

Sin embargo, en su única intervención escrita referida al caso³⁸, Groussac reconoció su imposibilidad para filiarse con alguno de los bandos en pugna, manifestando su hastío por la forma en que la prensa francesa trataba la cuestión y repudiando explícitamente el antisemitismo que inspiraba a gran parte de la facción *antidreyfusard*³⁹.

Un vocero *antidreyfusard* en Buenos Aires: *La Voz de la Iglesia*

La Voz de la Iglesia era el único órgano periódico católico que subsistía en Buenos Aires a fines de la década de 1890. Fallecidos a lo largo de esa década los más notorios políticos e intelectuales de esa orientación, que habían enfrentado las reformas liberales impuestas a las instituciones estatales en los años '80, el pensamiento católico en Argentina atravesaba una situación de repliegue. El periódico en cuestión tenía una escasa difusión entre el gran público, lo que no implicaba que su influencia fuese nula, debido a que, como recordaba Groussac, sus ejemplares “...se esparcían, en cambio, por sacristías y cofradías, trascendiendo luego sus doctrinas al púlpito, desde donde se derramaban sobre la grey creyente –mujeril en su mayor parte– que los llevaba como pan bendito a los hogares”⁴⁰.

³⁷ Salomón Resnick, “Paul Groussac y el sionismo”, *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, año I, n° 7, Buenos Aires, enero de 1918, p. 152.

³⁸ Para una bibliografía completa de Groussac, Cf. Juan Canter, “Paul Groussac”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA*, Año VIII, Tomo IX, n° 41-42, 1929.

³⁹ Decía Groussac : “...entre los dos extremos opuestos donde clamorean sin tregua *L'Aurore* y *La Libre Parole*, hallan cabida todas las notas estridentes o apagadas de la insensata colaboración. Y por supuesto que el diario de Drumont y el de Clemenceau merecen la misma confianza y son dignos del mismo aprecio; puede decirse que están escritos con la misma tinta. (...) La misma ausencia de convicción sincera, la propia exageración postiza de energúmeno en frío, se revela en el grupo que ha tomado a destajo la defensa de Dreyfus y en el que se ceba años ha en el antisemitismo.” *La Prensa*, 30 de noviembre de 1898.

⁴⁰ Paul Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Sudamericana. 1939, p. 116.

La posición del catolicismo argentino era cerradamente *antidreyfusard* por varios motivos: su antiliberalismo, su antisemitismo y su repudio enérgico a la obra y a la figura de Emile Zola⁴¹.

En efecto, en la Iglesia de la época de la encíclica *Rerum Novarum* (1891), aunque asistimos al desarrollo de una conciencia sobre la necesidad de encontrar formas de adaptación a la sociedad moderna, continuarán primando los elementos antiliberales y tradicionalistas⁴², por lo que su doctrina, en este aspecto, no difería demasiado de la del definitivamente antimoderno momento del *Syllabus* de Pío IX (1864).

En *La Voz de la Iglesia* las instancias del caso Dreyfus y del proceso seguido contra Zola eran generalmente presentadas en la primera página –lo que nos da un indicio de la importancia que le otorgaban– bajo la forma de notas de opinión. En ellas se desarrollaba un cerrado antisemitismo, al que podemos considerar como de transición entre dos modelos, ya que combinaba por un lado los tópicos del catolicismo tradicional con los argumentos, generalmente de tono conspirativo, del moderno antisemitismo político.

De tal modo, este periódico podrá apelar a la más antigua de las acusaciones católicas contra los judíos para explicar las causas de los disturbios antisemitas en Francia, así como la de toda la animosidad contra los israelitas, señalando que no eran otra cosa que "...el castigo del deicidio de los judíos obstinados de hace 1898 años"⁴³.

El vocero eclesiástico no dudará, además, en dar por ciertas las versiones sobre los diversos complots en que, según afirmaban, estaban embarcados los judíos, argumentos cuya circulación en la Francia *antidreyfusard* –aunque no solo allí– era amplísima en aquel período. El principal de ellos era la constante referencia a la existencia de un amplio sindicato mundial judío, empeñado en salvar de su condena a un Dreyfus de cuya calidad de traidor no era posible dudar, teniendo en cuenta que opinaban que "...esos judíos (...) no tienen más patria que el dinero y el interés"⁴⁴. De tal modo, *La Voz de la Iglesia* sostendrá insistentemente opiniones de un tono similar al que sigue:

"No es, pues, la justicia vilipendiada la que produce esta gran agitación en el mundo civilizado, y da pena decirlo, porque ello demuestra un estado moral enfermizo, sino el dinero de una secta que quiere salvar, precisamente de esa justicia, a uno de sus afiliados, que ha cometido un delito incalificable en los códigos de honor."⁴⁵

⁴¹ Al respecto no resulta entonces sorprendente que Angel de Estrada, quien estuvo en París en ocasión de la revisión del proceso contra Dreyfus, se haya alineado con sus más fervientes opositores, ni que hubiera continuado siendo profundamente antisemita a lo largo de su vida. Cf. Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*. Buenos Aires, Kraft, 1944, pp.204-205.

⁴² José María Ghio, *La Cuestión Nacional y la Cuestión Judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo*. Buenos Aires, Documento de trabajo, Universidad Torcuato Di Tella, 1994, p. 3.

⁴³ José Maumus, "La cuestión judía", *La Voz de la Iglesia*, 24 de febrero de 1898, p. 1. En el mismo sentido, la prohibición del Sultán de Turquía al asentamiento de judíos en Palestina, será entendida como un cumplimiento "...de la profecía que los condenó a vagar por el mundo en expiación del pecado de haber negado y crucificado al Salvador". "Los judíos", *La Voz de la Iglesia*, 8 de octubre de 1898, p. 1. Es este mismo antisemitismo católico tradicional el que explica que generalmente el diario se refiera a los judíos como a una secta, y que no falten las apreciaciones sobre el abandono por parte de los israelitas de la Biblia en favor del Talmud, al que se le atribuían siniestros designios.

⁴⁴ *La Voz de la Iglesia*, 15 de febrero de 1898, p. 1.

⁴⁵ *La Voz de la Iglesia*, 28 de enero de 1898, p. 1.

No faltarán tampoco en sus páginas una serie de fantasías —que pese a su evidente endeblez, demostrarían su trágica eficacia en el siglo XX— que en un extremo lo llevarían a sostener que los judíos, en su afán de perjudicar al ejército francés, inspiraban a “...la amalgama de sociedades masónicas, comunistas, anárquicas que componen la revolución social...”⁴⁶, y en el otro, que los israelitas manejaban todo el oro del mundo —haciendo subir o bajar su precio según sus conveniencias— recurso que no sólo les habría permitido controlar la economía sino, además, comprar a la prensa, digitar a los intelectuales y sobornar a la justicia⁴⁷.

No resulta entonces extraño que el periódico elogie en ocasiones los disturbios antisemitas ocurridos en Francia, ni que llegue a afirmar que los serios incidentes de Argel, que dejaron como saldo el asesinato de varios israelitas, hayan sido causados por la actitud provocativa de los judíos⁴⁸.

La Voz de la Iglesia rara vez cita sus fuentes. Cuando lo hace, apela como autoridades a Henri Rochefort, vocero del más exaltado nacionalismo y director de *L'Intransigeant*, órgano del boulangismo; y a Edouard Drumont, autor de *La France Juive* y director del rabiosamente antisemita *La Libre Parole*. Sin embargo, como es razonable considerar, no se apoyaba sólo en los medios *antidreyfusards* franceses sino además, aunque inexplicablemente jamás lo nombre, en las líneas interpretativas expuestas en el órgano oficioso de la Santa Sede, *La Civiltà Cattolica*. Tal influencia se constata si consideramos que la interpretación que el periódico romano dio al Congreso de Basilea de 1897 —al que consideró como una asamblea de complotados que, tras la apariencia de una sesión en la que se discutiría sobre el rescate de Jerusalén, se dedicó a allegar fondos al sindicato dedicado a salvar a Dreyfus— fue reproducida de manera casi literal por el órgano de los católicos porteños⁴⁹.

El carácter exacerbado del antisemitismo de *La Voz de la Iglesia* no debe hacernos perder de vista su característica esencial: se dirigía a un enemigo imaginario, de contornos difusos, seguramente identificado con los males que para los católicos acarrearba la modernidad; y no contra individuos judíos concretos. A tal punto era ésta su posición, que el periódico no realizó ningún esfuerzo por traducir la experiencia francesa a los

⁴⁶ *La Voz de la Iglesia*, 24 de enero de 1899, p. 1.

⁴⁷ *La Voz de la Iglesia*, 13 de enero de 1898, 21 de enero de 1898, 12 de marzo de 1898, 19 y 20 de julio de 1898, 24 de enero de 1899, entre otros. El mito del control mundial de las finanzas por los judíos había tenido en la década de 1890 una importante difusión a partir de la publicación —primero como folletín de *La Nación*, luego como libro— de *La Bolsa* de Julián Martel. El libro de Martel constituía una de las secuelas que provocó la publicación de *La France Juive* de Drumont en 1886, al que siguieron en 1887 *La Russie Juive* de Calixte de Wolski, *L'Algérie Juive* de Georges Meyné (1887), *Austriche Juive* de F. Trocasse (1900), y una *Angleterre Juive*, firmada con el apodo de “Doedalus” en 1913. L. Poliakov, *op.cit.*, p. 60. Sobre Martel, cf. Ramón Alcalde, “De judíos, dineros y bolsas: Drumont, Bloy, Zolá, Martel”, *Sitio*, Año I, n° 1, Buenos Aires, 1981; Gladys Onega, *La inmigración en la literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1982; David Viñas, *Literatura Argentina y realidad política*, Buenos Aires, CEAL, 1994. Como sostiene Halperin Donghi, los años inmediatamente anteriores a la crisis de 1890 marcaron las primeras tentativas de penetración de la banca continental en Argentina, lo que fue presentado en Londres, y transmitido a Buenos Aires por los corresponsales de algunos diarios porteños en la *City*, como un avance de la finanza judía. Tulio Halperin Donghi, “Para qué la inmigración” en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

⁴⁸ *La Voz de la Iglesia*, 15 de enero de 1898, p. 1 y 21 de enero de 1898, p. 2.

⁴⁹ *La Civiltà Cattolica*, 8 de febrero de 1898, citado en L. Poliakov, *op.cit.*, p. 77, y *La Voz de la Iglesia*, 7 de marzo de 1898, p. 1.

términos del Río de la Plata. En efecto, el diario no hacía por aquellos años ni siquiera mención —con una sola excepción, en absoluto prejuiciosa— a la creciente inmigración israelita a la Argentina y, si consideraba a los judíos como peligrosos adversarios de Francia y, naturalmente, a la Sinagoga como enemiga eterna de la Iglesia, nada tenía que decir sobre los riesgos que podría sufrir la integridad de la Nación Argentina al incorporar población israelita.

La Voz de la Iglesia había sostenido desde mucho tiempo antes de la intervención de Zola en el *affaire Dreyfus* una posición sumamente crítica hacia su literatura⁵⁰, animadversión que alcanzará en 1898 rasgos paroxísticos. Si, como todo el arco *antidreyfusard*, el diario acusará de modo reiterado a Zola de estar comprado por el oro del sindicato judío —factor que en su visión conspirativa explicaría su apasionada actuación—; los católicos tenían un motivo adicional de odio, ya que entendían que su obra, además de pornográfica⁵¹:

“...ha procurado siempre ultrajar la moral y los sentimientos religiosos, burlando los respetos que aquella impone y ridiculizando las creencias católicas, en una forma hipócrita y pérfida, ocultando el veneno bajo los atractivos de la hábil y fantástica narración.”⁵²

Consecuentemente, el periódico considerará que el *Yo Acuso*, recientemente publicado por *La Nación*, no era más que una carta injuriosa destinada a mostrar —de modo injustificado— a los judíos como víctimas; calificará como justo al repudio de que Zola fue objeto por parte de amplios sectores de la sociedad francesa, criticará a *La Nación* de Buenos Aires y a *La Tribuna* de Montevideo por haber emprendido la defensa del escritor y se alegrará con el fallo con el que el tribunal que lo juzgaba lo condenó⁵³.

Anarquistas y socialistas frente al caso Dreyfus

El caso Dreyfus se transformó en un serio problema estratégico para la izquierda francesa, ya que se trataba de una cuestión imposible de insertar en el esquema de lucha de clases, mientras el combate contra el antisemitismo no constituía un imperativo del socialismo de la época y, es más, existían difundidos prejuicios antijudíos en el seno del Partido Socialista Francés. Aún en enero de 1898 el grupo parlamentario socialista emitiría un manifiesto —con la firma de Jaurés, Guesde y Sembat— en el que afirmaban que el *affaire* no representaba más que un enfrentamiento entre dos familias del mismo enemigo de clase: la burguesía clerical y la burguesía oportunista, llamando entonces a los

⁵⁰ Cf. la crítica al diario a *Lourdes*: “Una lección merecida”. *La Voz de la Iglesia*, 4 de diciembre de 1894, p. 1.

⁵¹ *La Voz de la Iglesia*, 16 de febrero de 1898, p. 1.

⁵² “Proceso Zola”, *La Voz de la Iglesia*, 25 de febrero de 1898, p. 1. Como parte de una intervención literaria, no exenta de intencionalidad política si se considera el momento de su edición, la Biblioteca de *La Nación* publicará en junio de 1898 *Fecundidad* de Emile Zola, novela que *La Voz de la Iglesia* calificará de indecente, inmoral y relajadora. (5 de junio de 1899, p.1)

⁵³ *La Voz de la Iglesia*, 15 de enero de 1898, p. 1; 4 de febrero de 1898, p. 1; 7 de marzo de 1898, p. 1; 20 de julio de 1898, p. 1.

trabajadores a no alistarse "...en ninguno de los clanes de esta guerra civil burguesa"⁵⁴. Mientras la mayoría de la izquierda sustentaría hasta las elecciones de mayo de 1898 una postura de neutralidad frente al conflicto, algunos sectores, encabezados por el socialista Jean Allemane y el anarquista Sébastien Faure, emprenderán una activa lucha contra el militarismo y el antisemitismo. Sólo varios meses más tarde, Jean Jaurés y otros líderes socialistas se enrolarán decididamente en las filas *dreyfusards*.

Los socialistas argentinos no le prestarán a lo largo de 1898 demasiada atención al caso Dreyfus. Las pocas referencias que *La Vanguardia* dedicó a la cuestión resultaban contradictorias, ya que si por un lado reproducía, acompañado de elogiosos comentarios, el arriba citado manifiesto del grupo parlamentario del PSF⁵⁵ —partido al que el socialismo argentino consideraba uno de sus modelos internacionales— por otro lado no dudaban en adoptar posturas abiertamente favorables a Dreyfus. En este sentido, ya en febrero de 1898 un artículo publicado en el órgano socialista sostendrá que la burguesía francesa había encontrado en Dreyfus una víctima propicia, dada su condición de judío, para evitar el escándalo que la condena a un miembro de la alta sociedad como Esterhazy hubiera acarreado. Mientras los socialistas franceses evitaban pronunciarse sobre la inocencia de Dreyfus, se afirmaba en *La Vanguardia* que su condena, "no se trata de un error, sino de un crimen judicial, cometido con toda premeditación."⁵⁶

Aunque los socialistas argentinos censurarán a la justicia francesa en ocasión de la condena contra Zola —uno de los autores con más cantidad de libros entre los de la Biblioteca Obrera⁵⁷— tampoco este tema ocupará un lugar destacado en las páginas de su periódico. Aún en ocasión de enviar una nota de solidaridad al escritor tras su condena, los socialistas de Buenos Aires, pese a reconocer el valor de su intervención, evitarán pronunciarse de manera orgánica sobre el caso particular de Dreyfus⁵⁸.

Las posiciones adoptadas por el grupo Faure, los primeros actos públicos organizados por los anarquistas franceses en demanda de la reapertura de la causa y sus enfrentamientos en las calles de París contra los manifestantes antisemitas convocados por *La Libre Parole*, repercutían en Buenos Aires a través de las páginas del principal vocero del anarquismo argentino, *La Protesta Humana*⁵⁹. El periódico libertario de Buenos Aires —que en los primeros meses del *affaire* no le dedicará demasiado espacio, privilegiando en su información internacional a los conflictos obreros y al proceso a los presos de Montjuich— aprobaba estos posicionamientos y prácticas, aunque, al igual que los anarquistas franceses, no emitiría a lo largo del año 1898 juicio alguno sobre la

⁵⁴ M. Winock, *op.cit.*, p. 186; L. Poliakov, *op.cit.*, p. 63.

⁵⁵ *La Vanguardia*, 5 de marzo de 1898, p. 2.

⁵⁶ Alfredo Pasqualetti, "Zola y la cuestión Dreyfus", *La Vanguardia*, 26 de febrero de 1898, p. 1. Hasta fines de año *La Vanguardia* no volvería a pronunciarse, en términos similares, sobre la situación de Dreyfus.

⁵⁷ "Catálogo de la Biblioteca Obrera", *La Vanguardia*, 29 de octubre de 1898, p. 3.

⁵⁸ "A Emilio Zola: En nombre del Centro Socialista Obrero de Buenos Aires, uno de los núcleos de esa universal *organización* obrera que no habéis sabido debidamente apreciar, saludamos en vos al hombre insigne, héroe de la mente y del corazón, que ha pintado de mano maestra la corrupción y la miseria de la humanidad actual y se ha sacrificado por lo que su conciencia le dice ser la justicia y la verdad.

"El Comité: Dr. Juan B. Justo - Juan Domenech - Adrián Patroni - Saúl Saldini - Emilio Ferrando", *La Vanguardia*, 26 de marzo de 1898, p. 1.

⁵⁹ *La Protesta Humana*, 23 de enero de 1898, p. 4

inocencia o culpabilidad de Dreyfus. Lo que estaba en juego no era para los anarquistas la suerte del ex capitán, sino la asunción de una posición de principios contra el patriotismo, el racismo y el militarismo.

Sin embargo, *La Protesta Humana* no se alinearé automáticamente con la posiciones de Faure, ya que, aunque repudiando el antisemitismo y el chauvinismo potenciados por el *affaire*, lo interpretará en sus primeras intervenciones como una mera expresión de un conflicto intraburgués, por lo que afirmará que el caso Dreyfus constituía en realidad:

“...un pretexto que da vida y fomenta dos mayúsculos absurdos: el patriotismo y la cuestión de razas. Y estos absurdos tienen por móvil algo más positivamente burgués que el averiguar si la patria corre peligro y si quienes la ponen en peligro son los judíos.

Detrás de este pus, que, dicho sea de paso, ha tenido la amabilidad de revelarnos todas las corrupciones que oculta el uniforme militar, hay algo más trascendental que el pueblo no sabe ver, y este algo es la lucha sorda, tenaz y encarnizada, que hace años se vienen haciendo el sindicato de banqueros cristianos y el sindicato de banqueros judíos para acaparar el monopolio de los negocios, mercados comerciales nacionales y coloniales, en suma, para apoderarse del becerro de oro. Esta es la cuestión y no hay otra. Barro aurífero, cuyo brillo no logra hacer abrir los ojos a Juan del Pueblo, sea judío o cristiano. (...) El pueblo se romperá la crisma entre sí, unos creyendo defender una patria que les empobrece, otros creyendo que los judíos son aún dignos de la hoguera, estos últimos luchando sistemáticamente por su raza, y en defensa de sus amos y señores todos juntos; y cuando tras los saqueos y las matanzas queden tendidos por las calles de las ciudades algunas docenas o centenares de judíos o patriotas, ninguno de ellos seguramente capitalista, los respectivos azuzadores del rebaño humano fraternizarán en opíparo banquete la celebración de un mutuo acuerdo que les permita alternar en el monopolio de sus negocios.”⁶⁰

Una vez más, será la intervención de Zola –a quien los anarquistas consideraban como un miembro de sus filas y por quien manifestaban una admiración reverencial– una de las causas que llevará a *La Protesta Humana* a asumir las posiciones de la corriente orientada por Faure. Así, en ocasión de la sentencia contra el escritor, y sin dejar de considerar a Dreyfus como un enemigo de clase⁶¹, los anarquistas denunciarán que los que condenaron al ex capitán “cometieron una canallada o varias”, hecho que si no los asombraba dada su caracterización general de la justicia burguesa, tuvo para ellos la virtud de poner al descubierto que la Francia Republicana estaba regida por un “solapado jesuitismo” que desencadenó las fuerzas de un pueblo “ferozmente patriótico” que

⁶⁰ *La Protesta Humana*. 30 de enero de 1898, pp. 1-2.

⁶¹ “Sea [Dreyfus] inocente o culpable del delito de traición a su patria, poco importa el caso. Allá se las arregle él con la clase que defendía y la humana justicia que lo confina a la isla del Diablo por un delito que *todos* los agregados a todas las embajadas cometen a diario con mejor suerte. Inocente o culpable es un enemigo nuestro y no podemos florisquear sobre su desgracia. En nuestros hogares obreros las tenemos de mayor cuantía sin que el egoísmo de los satisfechos pare mientes en ella.” “Zola”, *La Protesta Humana*, 6 de marzo de 1898, p. 1.

vitoreaba el triunfo de la reacción. Si la victoria reaccionaria se expresaba entonces, continuaba *La Protesta*, en el odio al judío, no tardaría en alcanzar a los protestantes y al conjunto de los liberales, desencadenando matanzas comparables a las de San Bartolomé⁶².

En este contexto, la figura de Zola se agigantará. La personalidad del hombre casi aislado que combate no sólo contra un error jurídico o contra la irrevocabilidad de los fallos de un tribunal militar, sino por "...el imperio de la razón...", acompañado sólo por una minoría de "...gentes cultas ajenas a la política y de una parte del pueblo rebelde..."⁶³, contribuirá a que los anarquistas argentinos –pese a Dreyfus– pasen a formar entre los más fervientes *dreyfusards* del Río de la Plata.

El honor de Francia

Como resulta natural, los franceses residentes en Buenos Aires estaban especialmente interesados en mantenerse informados sobre los sucesos de su patria natal, entre los que los relativos al caso Dreyfus se distinguían por su importancia a fines de la década de 1890. No es sorprendente que el principal diario francés de Buenos Aires, *Le Courier de La Plata*, ofreciera una abundante información al respecto, obtenida a través de la Agencia Havas o por medio de sus propios corresponsales, tal como solían hacer con todas las noticias originadas en Francia.

En este periódico se expresaban opiniones muchas veces fuertemente enfrentadas sobre el desarrollo del *affaire* Dreyfus. Si por un lado su Director Político y corresponsal en París, Alfredo Ebelot irá tomando –como señaláramos al reseñar sus intervenciones en *La Nación*– una postura cada vez más favorable a Zola y Dreyfus, otros redactores se identificarían abiertamente con los *antidreyfusards* metropolitanos. Seguramente, el carácter de diario comunitario de *Le Courier* obligaba a sus responsables a permitir la expresión de las distintas corrientes en pugna.

Tal pluralidad de opiniones se hará patente en ocasión de la publicación, a manera de suelto, de *J'Acusé*⁶⁴. El mismo día en que la carta de Zola se ofrecía al público francoparlante, un artículo sin firma publicado en la primera plana afirmará que ésta no era más que un conjunto de acusaciones infundadas que sorprendían por la pobreza de sus argumentos, y reproducía las opiniones del *Journal* de París, que calificaba al *J'Acusé* de mal texto antipatriótico, escrito en provecho de los peores enemigos de Francia y su ejército⁶⁵.

Pero sólo dos días después Ebelot, que en ese momento estaba convencido de la culpabilidad de Dreyfus, se referirá admirativamente a la intervención de Zola, afirmando que la condena del ex capitán se obtuvo por medio de procedimientos que reclamaban una revisión, necesaria además para recuperar el honor de la justicia y el ejército francés⁶⁶.

⁶² *Idem.*

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ *Le Courier de La Plata*, 5 de febrero de 1898. En el suplemento dominical del 6 de febrero de 1898, publicará también la *Carta a Francia* y la *Carta a la Juventud* de Emile Zola.

⁶⁵ "Zola", *Le Courier de La Plata*, 5 de febrero de 1898, p. 1.

⁶⁶ A. Ebelot, "La lettre de Zola", *Le Courier de La Plata*, 7 y 8 de febrero de 1898, p. 1.

En oportunidad de la condena de Zola –repudiada por gran parte de la prensa argentina– el diario cerrará filas en torno de uno de sus redactores, el *antidreyfusard* Victorio Malliavin, ya que independientemente de las posiciones de cada colaborador, entendían que lo que estaba en juego en la ocasión era la defensa del honor nacional francés. Malliavin acusaba en la ocasión a la prensa argentina e italiana de Buenos Aires de ofrecer a su público una información errónea y parcial:

“La mayoría de los diarios argentinos e italianos, queremos creer que confundidos por los despachos imbéciles o de mala fe, manifestaron su simpatía por los detractores del ejército y la justicia. No es sólo simpatía, ya que han hecho suyas las calumnias e injurias de los sostenedores conscientes o inconscientes del traidor. Ignorando a Rochefort, Drumont, L. Daudet, M. Barrés, repiten los argumentos de pasquines de ínfima circulación”⁶⁷

La furia de Malliavin se dirigía especialmente contra el conjunto de los diarios italianos de Buenos Aires, en particular contra *L'Italia al Plata*. Si la inquina contra la prensa italiana se debía a la fuerte corriente de apoyo a Zola que se había despertado en Italia y repercutido poderosamente entre los emigrados de tal nacionalidad en el Río de la Plata, solidaridad amplificada además por la afirmación de Barrés y otros *antidreyfusards* de que el escritor no era en realidad francés sino veneciano, en el caso de *L'Italia al Plata* se sumaba además la animadversión del periodista francés hacia las posiciones marcadamente liberales y republicanas de este medio. Si a lo largo del juicio contra Zola, este diario italiano –a través de su director Giacomo Gobbi Belcredi– expresará su adhesión incondicional al escritor y criticará severamente al ejército, la justicia y la opinión pública francesa⁶⁸, en ocasión de la sentencia en su contra, afirmará que el jurado que lo condenó estaba formado por “...cretinos innobles, ciegos voluntarios, inconscientes enemigos de su propia patria, víctimas de todos los prejuicios que están llevando a Francia a la perdición...”⁶⁹ *Le Courier de la Plata* responderá violentamente, acusando a *L'Italia al Plata* de moverse guiado por un malsano chauvinismo que los llevaba a presentar a Francia como a un enemigo y a injuriarla bajamente, sugiriendo que la actitud del periódico italiano se debía a haber sido comprado por el Sindicato Dreyfus.⁷⁰ La contraréplica de Gobbi Belcredi será igualmente feroz: no sólo afirmaba que era la prensa francesa la que acostumbraba venderse al dinero de la reacción, sino que insultaba además a Malliavin⁷¹.

Llegados a este punto, el conflicto no podía sino resolverse en el campo de honor, por lo que ambos contendientes se batieron a duelo, resultando el italiano levemente herido. Resulta relevante aquí que las causas de este enfrentamiento no resultaban sólo

⁶⁷ V.M., “L’Affaire Dreyfus et la presse étrangère”, *Le Courier de La Plata*, 27 de febrero de 1898, p. 1.

⁶⁸ *L'Italia al Plata*, 16 y 20 de febrero de 1898. Sostenía Gobi Belcredi sobre la actitud de los franceses: “La canaglia non urta piú, i giornali che, como la *Patrie*, dicebando che avrebbero voluto veder Zola condannato a la galera, suo degno posto o che come il *Jour* affermavano che per l’italiano non v’era che una parola, quella di Cambronne, cominciano a guardare il silenzio.”

⁶⁹ G.Gobbi Belcredi, “Condannato”, *L'Italia al Plata*, 24 de febrero de 1898, p. 1.

⁷⁰ V.M., “Question de gros sous”, *Le Courier de La Plata*, 25 de febrero de 1898, p. 1.

⁷¹ G.Gobbi Belcredi, “Question de gros sous”, *L'Italia al Plata*, 26 de febrero de 1898, p. 1.

de las injurias personales –por las que se consideraba a Belcredi como al primer ofendido y a Malliavin como al ofendido con mayor gravedad– sino también, en la óptica de los franceses, que residían en los ataques contra el honor nacional ya que, como editorializaba *Le Courier*, resultaba imposible “...dejar sin respuestas las invectivas contra Francia, contra nuestra manera de entender la justicia y contra la inteligencia y conciencia de nuestros jurados”⁷². La presencia de Emile Daireaux, que no compartía las opiniones de Malliavin acerca de Zola y Dreyfus, como uno de sus padrinos en el duelo, entrega otro indicio de la prioridad otorgada al honor nacional francés por sobre cualquier otra consideración. En los meses sucesivos, sin embargo, *Le Courier* irá adoptando una posición cada vez más favorable a Dreyfus y Zola, mientras los redactores *antidreyfusards* dejarán de escribir en sus páginas.

La sentencia contra Zola ofrecerá a los italianos de la Argentina la posibilidad de desarrollar, aunque de manera efímera, formas concretas de solidaridad con el escritor, a través de la formación de un *Comitato pro Zola* que lanzó una suscripción para colaborar en el pago de la multa a que el autor de *J'Accuse* había resultado condenado. En el Comité participaron distintas organizaciones italianas y no italianas, e iniciativas similares fueron apoyadas por el diario inglés de Buenos Aires *The Standard* y por la Sociedad Sarmiento de Tucumán⁷³. Los miles de kilómetros de distancia respecto al escenario en que se desarrollaba el drama no impedían que sus efectos se hicieran sentir, cada vez con más potencia, en Argentina.

A través de diarios o libros, la información que circulaba en la Capital de la Argentina sobre el caso Dreyfus era muy completa, teniendo los lectores de la ciudad el mismo acceso a los principales testimonios y documentos relativos a la cuestión que los de cualquier otra gran ciudad americana o europea. Aunque de la presencia de una cobertura muy fluída sobre los sucesos de Francia en las páginas de los periódicos no podemos inferir los modos en que ésta era leída e interpretada por el público, a partir de los testimonios reseñados no resulta demasiado arriesgado suponer que –promediando el año 1898– la opinión ampliamente predominante en Buenos Aires era favorable a la revisión del proceso contra Dreyfus, con independencia de lo que se pensara acerca de su culpabilidad o inocencia. La intervención de Zola fue en general recibida con aprobación por la prensa, a partir de lo cual, probablemente, el *caso Dreyfus* haya sido percibido por una parte considerable del público porteño como un símbolo de lucha contra la injusticia y de defensa de la libertad. Sin embargo, las pocas iniciativas desarrolladas a favor de Zola en ocasión de su condena fueron impulsadas sobre todo, como hemos visto, por grupos inmigrantes, alcanzando poca repercusión en la prensa argentina. Pese a esto, la invitación que el *Comitato pro Zola* formuló a toda la prensa –con la sola excepción de *La Voce de la Iglesia*– para colaborar en su campaña, nos brinda un indicio sobre la existencia de un tácito consenso en el apoyo a las causas de Zola y Dreyfus, del que sólo habrían quedado excluidos los católicos.

⁷² “Le duel d’hier”. *Le Courier de La Plata*, 1° de marzo de 1898, p. 1. También sobre el duelo: “Duelo entre periodistas. Un herido leve”, *La Prensa*, 1° de marzo de 1898, p. 5 y *L’Italia al Plata*, 1° de marzo de 1898, p. 2.

⁷³ *L’Italia al Plata*, 27 de febrero de 1898, p. 2, 2 de marzo de 1898, p. 2, 3 de marzo de 1898, p. 2.

1899: El año Dreyfus

En los últimos meses de 1898 y durante todo 1899, la mayor parte de la opinión pública liberal y socialista mundial se manifestará cada vez más convencida de la inocencia de Dreyfus, y de la consiguiente necesidad de revisar el proceso que lo había condenado, persuadidos de que no sólo se jugaba la suerte individual del prisionero de la Isla del Diablo sino los principios mismos de la organización republicana. Como hemos señalado, el caso argentino no será excepcional al respecto, por lo que es posible afirmar que el único sector que continuará manifestando su hostilidad hacia la causa del ex capitán será el clerical, expresado a través de *La Voz de la Iglesia*, mientras los medios que a comienzos del año 1898 habían repudiado la intervención de Zola adoptarán ahora una posición contraria a la original, o intentarán mantener una postura neutral frente al conflicto.

Por ello no debe sorprender que, a lo largo del mes de agosto, la casi totalidad de la prensa, incluida la de la colonia francesa de Buenos Aires, haya repudiado el atentado sufrido por el Dr. Labori, abogado de Dreyfus y Zola –de cuya responsabilidad intelectual se acusaba a Drumont, Rochefort y otros antidreyfusards– y festejado el anuncio de la revisión de la causa contra Dreyfus, que sería llevada a cabo por el Tribunal Militar de Rennes. Posiblemente la apreciación de *El Nacional* sobre la revisión del caso sea la mejor síntesis de la opinión vigente en los círculos liberales de fines de siglo, que lo consideraban como la expresión paradigmática de la lucha entre las fuerzas del progreso y las de la reacción:

“No es este un asunto de Francia sino un asunto de la humanidad, en el que, si importa mucho la simpática figura del perseguido, preocupan aún más las trascendentales consecuencias de la resolución del consejo, que van a demostrar en esta lucha de los prestigios convencionales del pasado, contra el espíritu analítico-moderno que impone la verdad como ley suprema de toda justicia, si en esta lucha decimos, pesan más todavía los prejuicios insostenibles, que la luz que pugna por libertar la conciencia de los pueblos del peso abrumador de la mentira”⁷⁴

La única excepción la constituía, como dijéramos, *La Voz de la Iglesia*, que al reabrirse el juicio acusara de parcialidad al tribunal de Rennes, aunque no dejará de censurar a los exaltados *antidreyfusards* que habían atentado contra el abogado de Dreyfus, haciendo extensiva su indignación a Clemenceau y su diario *L'Aurore* por acusar a los jesuitas por tal atentado, versión que gozaba de amplia difusión en los medios argentinos. Sin embargo, el diario católico dará en aquellos momentos un giro fundamental en sus posiciones sobre el *affaire*, acorde a la intervención vaticana, por el cual –aún cuando continuará publicando, con mucha menor frecuencia, artículos de contenido antisemita– se intentará colocar en una posición mucho más neutra:

⁷⁴ *El Nacional*, 8 y 9 de septiembre de 1899, p. 1. *El Nacional*, que toma su nombre del periódico en que había escrito Sarmiento, hizo su aparición en agosto de 1898 y tendría una efímera existencia, durante la cual desplegó un ideario liberal y llevó a cabo una campaña en favor del mejoramiento de las instituciones judiciales argentinas. Su director era Pedro Bourel, que había sido Diputado y Senador de la Provincia de Buenos Aires entre 1899 y 1893, año en que la revolución radical de julio puso fin a su carrera legislativa. Como periodista, fundó además la revista *La Ilustración Argentina*.

“La religión católica nada tiene que ver con la causa del capitán Dreyfus si no es para desear que al fin luzca en todo su esplendor la justicia, absolviéndolo si el capitán es inocente, condenándolo si es culpable: la Iglesia no está interesada ni en uno ni en otro sentido, nada tiene que ver con este proceso. Cada católico puede opinar libremente según su conciencia se lo dicte en vista de las pruebas que se van produciendo. Los telegramas han dado a entender que el Santo Padre se ha manifestado en este sentido y en verdad que así parece de lógica, desde que la religión católica no ha intervenido ni tenía para qué haber intervenido en la cuestión. Cada católico, pues, opina por cuenta propia, sin comprometer su religión.”⁷⁵

En agosto y septiembre de 1899, mientras se desarrollaba el nuevo juicio contra Dreyfus, no sólo la información inundará las páginas de la casi totalidad de los diarios porteños, sino que además los anarquistas organizaran una serie de conferencias en las que el tema será tratado. De tal modo, Pietro Gori –cuyo prestigio trascendía ampliamente los ámbitos libertarios– disertará en el Círculo de la Prensa sobre *La idea de justicia en las obras de Emilio Zola*, ocasión en que defendió su actuación en defensa de Dreyfus ante una numerosa concurrencia, formada por “...gran número de escritores, militares, políticos, profesionales de toda especie y muchos trabajadores estudiosos...”⁷⁶, mientras pocas semanas después, P. Guaglianone condenará en una conferencia dictada en la Casa del Pueblo la sentencia contra Dreyfus. Resulta significativo que en una conferencia dada en Rosario, los anarquistas hayan alineado a Dreyfus con sus más caros mártires, los de Chicago y los de Montjuich, señalando que todos habían sido víctimas inocentes del clero, el militarismo y la magistratura burguesa⁷⁷, con lo que su caso resultaba inserto en una idea universal de justicia no limitada por las diferencias de clase. Los socialistas, entretanto, aunque claramente sumados a los defensores de la inocencia de Dreyfus, no desarrollarán intervenciones similares y continuarán otorgando una muy esporádica atención al caso en su periódico.

Si hemos de creerle a las crónicas periodísticas de la época –sin duda exageradas– durante el juicio y, sobre todo, en ocasión de la segunda condena de Dreyfus, en Buenos Aires no se hablaba de otra cosa que del proceso de Rennes. Al respecto sostendría *La Vanguardia*, no sin manifestar sus sospechas ante una tan importante difusión, que:

“El asunto Dreyfus, que entre paréntesis es un filón de marca mayor para las empresas telegráficas y las idem del periodismo más o menos mercachifle de todos los países, influye tan poderosamente, que no hay bicho viviente que al levantarse no se preocupe de adquirir –aunque sea pechando– un diario para estar al tanto de las audacias de Mercier y de las vicisitudes del proceso.

La verdad es que el asunto es importantísimo al extremo de eclipsar completamente a un proceso que se está dilucidando en el parlamento argentino, convertido en Tribunal Supremo, a fin de juzgar a uno de los tantos jueces a quien acusan de ciertos manejos muy en boga en estos tiempos.”⁷⁸

⁷⁵ *La Voz de la Iglesia*, 25 de agosto de 1899, p. 1.

⁷⁶ *La Protesta Humana*, 3 de septiembre de 1899, p. 2. La Conferencia de Gori fue dictada el 19 de agosto de 1899.

⁷⁷ *La Protesta Humana*, 17 de septiembre de 1899, p. 3.

⁷⁸ *La Vanguardia*, 26 de agosto de 1899, p. 1. También señalaban que el tema era constante motivo de conversación en todos los niveles sociales de Buenos Aires, *La Nación* (“Esperando el fallo”, 9 de

En ocasión del segundo fallo contra Dreyfus, la prensa porteña condenará el veredicto de manera casi unánime, con la sola excepción de *La Prensa* y *La Voz de la Iglesia*, que se limitarán a informar sin emitir juicio. Una coincidencia tan amplia, que incluía desde *La Nación* a *La Protesta Humana*, puede explicarse a partir de la apreciación de este último medio, capaz de resumir la posición de un arco ideológico tan disímil:

“...en los hechos precedentes [la inocencia de Dreyfus] no cabe duda posible. Antes podía haber incertidumbre, porque nada se conocía de aquel secreto consejo de guerra que condenó a Dreyfus. Hoy, que es la gran obra de Zola, Picquart y tantos otros, se ha hecho la luz, y toda la Francia, toda Europa, todo el mundo conoce bien el asunto. Podrá haber y hay una víctima, pero para toda la humanidad no hay un culpable. Podrá haber y hay quien condene en nombre de la *justicia*, pero no hay ningún convencido que con justicia se haya procedido.”⁷⁹

Seguramente la sorpresa ante el dictámen del tribunal —ya que en los días previos a que este se expidiera observamos una firme confianza en que el veredicto sería favorable al ex capitán—, colaboró para aumentar la indignación de los sectores que creían en la inocencia de Dreyfus.

También *Le Courier de la Plata* señalará su disidencia con el tribunal de Rennes, mientras el otro diario francés de Buenos Aires, *La France* —que se había quejado anteriormente de las distorsiones y exageraciones con que la prensa porteña trataba el juicio— sostendrá que, aunque no acordaba con la sentencia, se inclinaba ante la autoridad de la cosa juzgada, y que la amargura que sentían se suavizaba debido a que “los hechos han desmentido tanto a los unos como a los otros, probando que la mayoría de los franceses (...) han depositado intacto el depósito de rectitud, de coraje, que hicieran que nos juzgaran dignos de ser los apóstoles del progreso moral de la humanidad.” Basado en una tan complaciente imagen de su propio país, este medio, aunque *dreyfusard*, priorizará en sus intervenciones la idea de que el *affaire* era un problema que incumbía estrictamente a los franceses⁸⁰.

Sin duda, entre los círculos estudiantiles el tema era motivo de discusión cotidiana, al punto que, al momento de conocerse en Buenos Aires el nuevo fallo condenatorio contra Dreyfus, los universitarios de las distintas facultades planearon una manifestación de repudio, que pasaría por “...las redacciones de los diarios que han condenado el fallo en Rennes: *La Nación*, *El Diario*, *Tribuna*, *El Nacional* y *El Tiempo*”⁸¹, demostración que finalmente no se realizó debido a que la policía la prohibió. Sin embargo, esa misma mañana un grupo de estudiantes acudirá en el día previsto para la frustrada manifestación a la redacción de *El Nacional*, ocasión en la que expresaron su indignación tanto por la condena en Francia como por la prohibición policial en Buenos Aires, a

septiembre de 1899, p. 5), y *L'Italia al Plata* (12 de septiembre de 1899, p. 5), mientras *La Voz de la Iglesia* (11 de septiembre de 1899) afirmaba que “El desenlace del segundo proceso al capitán Dreyfus ha tenido tal repercusión en este país, que verdaderamente constituye el tema de actualidad ...”

⁷⁹ *La Protesta Humana*, “La condena de Dreyfus”, 17 de septiembre de 1899, p. 1.

⁸⁰ *La France*, 23 de agosto de 1899, p.1 y “*Condammé*”, 10 de septiembre de 1899, p. 1.

⁸¹ *La Nación*, 11 de septiembre de 1899, p. 4.

través de un discurso pronunciado por un estudiante de derecho de poco más de veinte años, aún no afiliado al Partido Socialista: Enrique del Valle Iberlucea⁸².

Por iniciativa de los estudiantes, se convocará entonces a conformar un comité destinado a organizar una manifestación, ocasión en que, como veremos, se intentará articular el repudio a la condena de Rennes con la crítica a ciertos aspectos de la política local.

Una manifestación *dreyfusard* en Buenos Aires

No resultó en absoluto una peculiaridad argentina el llamado a una manifestación de condena al fallo del tribunal de Rennes, ya que en aquellos días en muchas grandes ciudades del mundo –Amberes, Bruselas, Milán, Nápoles, Nueva York, Londres–, se organizaron masivos actos públicos con tal propósito. Pero mientras en varios de estos casos las comunidades judías tuvieron una relevante participación, en el caso argentino, con una población israelita poco numerosa y asentada sobre todo en áreas rurales, su incidencia fue imperceptible.

La convocatoria al *meeting* de protesta –que impulsado sobre todo por los estudiantes universitarios y el diario *El Nacional*, debía llevarse a cabo el 17 de septiembre de 1899–, introducirá una división entre los que consideraban injusta la nueva condena a que fue sometido Dreyfus.

Los anarquistas consideraban a este tipo de manifestaciones como “platónicas”, y aunque repudiaron la prohibición de la convocada anteriormente por los estudiantes, se abstuvieron de llamar a sus seguidores a la protesta, mientras el Partido Socialista no convocó de manera orgánica al acto, aunque sus miembros acudirían al mismo en gran número⁸³.

Por su parte *La Nación*, aún compartiendo las opiniones de los que disintían con el fallo del tribunal de Rennes, señalaba que no correspondía a los argentinos tomar como propia la cuestión agitando la opinión pública, ya que, en definitiva, la decisión de la justicia francesa “... como acto de jurisdicción es una cuestión de puertas adentro, que no puede afectar directamente sino a los franceses, y que las disidencias externas deben mantenerse dentro de los límites que marcan la discreción y el respeto a la soberanía del gobierno”, límite que el llamado a una manifestación traspasaría, lo que debería ser impedido por la autoridad cumpliendo con sus deberes de consideración diplomática⁸⁴.

La prensa francesa de Buenos Aires se verá dividida al respecto. *Le Courier de La Plata* se abstendrá de publicar informaciones sobre toda iniciativa de solidaridad con Dreyfus por parte de los distintos grupos argentinos, informando sin embargo sobre las desarrolladas por los residentes franceses. Al respecto resulta un indicio claro de la posición de esa comunidad el que una nota de solidaridad enviada a Labori, por iniciativa del socialista Achille Chambier, haya recogido en menos de 48 horas más de 15.000 firmas, pertenecientes exclusivamente a residentes franceses en Argentina⁸⁵. Sin embargo, el

⁸² *El Nacional*, 10 y 11 de septiembre de 1899, p. 1.

⁸³ “El meeting pro Dreyfus y los socialistas”, *La Vanguardia*, 23 de septiembre de 1899, p. 2.

⁸⁴ *La Nación*, “Un meeting inconveniente”, 14 de septiembre de 1899, p. 4.

⁸⁵ *Le Courier de La Plata*, 17 de septiembre de 1899, p. 1; *L'Italia al Plata*, 17 de septiembre de 1899, p. 5. *La Nación*, 16 de septiembre de 1899, p. 5.

diario dejará entrever, a través de un artículo de Emile Daireaux publicado en la misma página que una intervención de Jean Jaurés, la legitimidad de la protesta despertada a nivel mundial:

“No hay un alma en el mundo que no se crea obligada a manifestar una opinión. Para aquellos que tienen manos es un deber sostener la antorcha que ilumine la arena donde todas las razas del mundo piden más luz. Ese deber el alma del mundo lo impone.”⁸⁶

Para *La France*, en cambio, el acto de protesta significaría “...escupir sobre el pueblo que primero ha proclamado los derechos imprescriptibles del ser humano”, resultando para este medio intolerable que los argentinos hayan creído posible opinar sobre un asunto que correspondía sólo a los franceses, por lo que calificará a la proyectada manifestación como “...una bufonería indecente, un verdadero insulto a todo un pueblo, una prueba irrefutable de que no hay en el fondo de esta pretendida indignación humanitaria más que una campaña de odio celoso contra Francia y su Ejército”. Coherentemente con esta posición, el director de *La France*, Genulphe Sol renunció al Círculo de la Prensa cuando esta institución envió un telegrama de solidaridad a Lucía Dreyfus, esposa del ex capitán, ya que pese a compartir el repudio a la condena, consideraba inaceptable la intromisión de los periodistas argentinos en los asuntos internos de Francia⁸⁷.

Ante las críticas, *El Nacional* asumirá la tarea de defender la legitimidad de la manifestación. El diario —que había adoptado como real el mito de que los padecimientos de Dreyfus se debían a una conjura jesuítica— sostendrá que también en la Argentina estaba ganando terreno el clericalismo, favorecido por el artículo constitucional que da un culto al Estado, mientras consideraba un avance inadmisibles sobre las libertades públicas la existencia de un decreto, que subsistía desde la gobernación de Tejedor, que facultaba a la policía a autorizar o negar la realización de manifestaciones públicas, lo que convertía al derecho de reunión en una gracia del gobierno⁸⁸. Como resulta evidente, el ejercicio de un derecho irrestricto de reunión resulta la primera condición necesaria para cualquier forma de intervención pública, por lo que este punto alcanzará tanta importancia como la defensa de los ideales de 1789 entre los convocantes a la manifestación.

Si con ello el director de *El Nacional* encontraba suficientes fundamentos nacionales para encarar una protesta en defensa de las libertades públicas amenazadas, los organizadores del acto se esforzarán por mostrar que su convocatoria no implicaba un acto de enemistad hacia Francia. De tal modo, Pedro Bourel sostendrá que la posición de *El Nacional*, en consonancia con el espíritu ampliamente liberal en que el diario se inspiraba, era que la manifestación encarnara un movimiento de protesta contra “...la reacción que abate en Francia los principios republicanos...”, no admitiendo que fuera conducente que el *meeting* proclamara la inocencia de Dreyfus y condenara el tribunal de Rennes, ya que no les incumbía examinar el proceso, además de considerar sobradas las víctimas de la justicia argentina que justificarían una manifestación diaria⁸⁹.

⁸⁶ *Le Courier de La Plata*, 17 de septiembre de 1899, p. 1

⁸⁷ *La France*, 14 de septiembre de 1899, p. 1; “Algarades Discourtoises”, 15 de septiembre de 1899, p. 1; “Insistance Maladroite”, 16 de septiembre de 1899, p. 1.

⁸⁸ *El Nacional*, 10 y 11 de septiembre de 1899, p. 1.

⁸⁹ *El Nacional*, 14 de septiembre de 1899, p. 1.

La tarea de explicar el fundamento de la protesta recaerá además en José Ingenieros —que en aquel momento colaboraba en *El Nacional* además de en *La Vanguardia*— que en el clásico tono del positivismo evolucionista sostendrá que la cuestión Dreyfus

“...no es más que el pretexto con que se disfraza en la actualidad la gran lucha empeñada entre los partidarios del estacionamiento de las sociedades humanas en su actual momento de evolución social, y los que creen en su incesante movimiento evolutivo hacia una civilización cada vez más desarrollada, superior a todos los intereses de casta o de partido y determinada por razones materiales del desarrollo del ambiente económico-social. En el asunto Dreyfus se han puesto en lucha todas las fuerzas de la ‘reacción’ contra todas las fuerzas del ‘progreso’.”

En la óptica de Ingenieros, por lo tanto, el clericalismo, el militarismo y el monarquismo no sólo se coaligaban para sofocar a la democracia, sino también a la completa civilización. Planteado así el asunto por Ingenieros, el fallo de Rennes significaba ante todo un triunfo de las fuerzas de la reacción, cuyo gran condenado no era Dreyfus sino el pueblo francés y su democracia. Por consiguiente, una manifestación por Dreyfus significaba en su óptica: “...un *meeting* en favor de los ideales sostenidos por los vencidos”: la República, la paz, el libre pensamiento, y de ningún modo contra una nación en particular.

Siendo el problema universal, continuaba Ingenieros, debía advertir sobre los peligros potenciales que se abatían sobre Argentina, no sólo en lo que respecta a las restricciones a la libertad de reunión, sino en lo relativo a los vicios de su sistema político y judicial⁹⁰.

Considerando el cambio de tono entre el primer llamado estudiantil a la protesta y el volante con que en definitiva se convocó a la manifestación del 17 de septiembre, las preocupaciones de *La Nación* y *La France* fueron atendidas por los organizadores del *meeting*⁹¹.

Según *El Nacional*, más de quince mil adhesiones acompañaron la iniciativa, aunque la concurrencia al acto fue mucho menor: entre dos y tres mil personas según *La Nación* y tres mil para *La Prensa*, mientras el diario de Bourel no daba cifras de asisten-

⁹⁰ José Ingenieros, “La significación del *meeting*”, *El Nacional*, 14 de septiembre de 1899, p. 1. El artículo será reproducido por *La Vanguardia*, 23 de septiembre de 1899, p. 2.

⁹¹ En efecto, mientras el primero, firmado por el estudiante de derecho Máximo Portela decía: “El que suscribe (¡si la policía lo permite!) invita a todos los que simpatizan con la idea de protestar contra el inicuo fallo de Rennes y la pérdida de la libertad en nuestra patria (donde hoy por hoy sólo se goza de una paz varsovia) a reunirse, a fin de cambiar ideas sobre la forma más elocuente de protesta” (*El Nacional*, 10 y 11 de junio de 1899, p. 1), en el segundo —con el que según el diario católico “... se hizo propaganda a todos los vientos”— desaparece toda adjetivación sobre el fallo. Según el volante, la manifestación tenía por objeto expresar “...los anhelos del pueblo argentino de que se salven en la Francia contemporánea los principios de 1789, acordando justicia y rehabilitación al Capitán Alfredo Dreyfus, así como para reclamar ante quien corresponda la libertad amplia de reunión consagrada por nuestra Carta Fundamental.” El volante está firmado por la comisión encargada de organizar la doble protesta, conformada del siguiente modo (Sólo incluimos las personas cuya actividad conocemos, a la que consignamos entre paréntesis): Presidente: Pedro Bourel (Director de *El Nacional*), Vicepresidente Máximo Portela (estudiante), Vicepresidente 2º José J. Biedma (Periodista e Historiador, Profesor del Colegio Nacional), Tesorero: Francisco Latzina hijo (estudiante de derecho), Secretario: Manuel Domínguez (periodista de *El Nacional*).

cia, aunque señalaba que esta había sido muy superior a la que informaron sus colegas⁹². Se trataba de un número exiguo si lo comparamos con las grandes movilizaciones de décadas anteriores —la manifestación en apoyo a Perú en su conflicto con España de 1864 reunió unas seis mil personas, la protesta contra la Iglesia y los jesuitas de 1875 había convocado unos veinte mil participantes, el *meeting* contra los impuestos de 1878 entre treinta mil y cincuenta mil⁹³— pero en absoluto desdeñable si consideramos, además de la distancia respecto al epicentro del *affaire*, que se trató de un acto que incluía elementos de oposición al gobierno y que no contó con el beneplácito de varios importantes medios de prensa. El acto adquiere mayor relevancia si tenemos en cuenta que otros eventos internacionales con amplia repercusión en Buenos Aires —como la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos— no despertaron iniciativas similares.

La manifestación prevista originalmente, que debía terminar en la Plaza de Mayo, no fue autorizada por la policía, por lo que se debió realizar en un lugar cerrado, el Velódromo Nacional, sito en Plaza Libertad. Creemos que la negativa policial a autorizar un acto callejero, así como la anterior prohibición al acto estudiantil, no se debía a un desacuerdo gubernamental con la orientación que se le imprimiría a la manifestación sino, sobre todo, al intento de no deteriorar las relaciones diplomáticas con Francia. Al respecto, sabemos que el Cónsul francés en Córdoba había interpuesto una petición para que no se permitiera la realización en aquella ciudad de un acto de apoyo a Dreyfus, aunque no tenemos noticias de iniciativas similares en Buenos Aires.⁹⁴

En el acto reinaba, como afirmaba la crónica de *La Prensa*, un “espíritu eminentemente liberal”, evidenciado en los rituales desplegados —los entusiastas aplausos con que fue recibido no sólo el Himno Nacional sino también La Marsellesa, las aclamaciones a la República Argentina y a la Francesa, los aplausos y vivas con que fueron recibidas las referencias a Dreyfus y al liberalismo argentino—, así como en el contenido de los discursos pronunciados.

El principal orador del acto fue el Dr. Francisco Barroetaveña, por entonces diputado nacional y uno de los principales voceros parlamentarios del radicalismo. Su elección como orador resulta altamente significativa: no sólo porque nueve años atrás había sido uno de los fundadores de la Unión Cívica de la Juventud, y porque se trataba de una figura conocida por sus posiciones liberales y anticlericales, sino también por la característica de la intervención que lo había transformado en un personaje público. En efecto, Barroetaveña había sido, en 1889, el redactor del primer documento público de la nueva oposición, que llevaba como título *Tu Quoque Juventud*, en el que no sólo exponía las violaciones que el juarismo infligía a la Constitución, sino que presentaba además como una intolerable abdicación de las virtudes cívicas al homenaje que un grupo de jóvenes intelectuales se preparaban a ofrecer al Presidente de la República⁹⁵. Publicado en *La*

⁹² “El meeting de ayer. Éxito completo”, *El Nacional*, 18 de septiembre de 1899, p. 1; *La Prensa*, 18 de septiembre de septiembre de 1899, p. 5; *La Nación*, 18 de septiembre de 1899, p. 3.

⁹³ Hilda Sabato, *op.cit.*, pp. 183-184 y 192.

⁹⁴ *La Nación*, 13 de septiembre de 1899, p. 3. Según *La Vanguardia* (16 de septiembre de 1899, p. 3) la manifestación estudiantil fue prohibida porque la policía consideraba que resultaría ofensiva para los militares franceses.

⁹⁵ Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 37.

Nación, su intervención "...resuena como clarín de guerra. Numerosos jóvenes intelectuales y universitarios responden al llamado"⁹⁶. Constituido así su perfil de maestro de las virtudes cívicas, capaz de apelar exitosamente a la conciencia de los jóvenes, la comparación con el modo de intervención de los intelectuales franceses resultaba inevitable.

El discurso de Barroetaveña, en el que puso mucho empeño en resaltar que no era su objetivo atacar a Francia, recogerá los tópicos más clásicos del liberalismo político finisecular:

"No venimos a formular un voto de protesta contra la República Francesa, ni contra sus poderes públicos. No hacemos la ofensa al ilustre Loubet, a Waldek – Rousseau y sus colegas de gabinete, al Parlamento, representado por Trarieux y Jaurés, a su Corte de Casación, al ejército republicano, representado por Picquart, Galliffet, Doucrot, Marchand, Hartmann y Sewet, a la intelectualidad de Francia, tan viril y brillantemente representada por Zola; no hacemos la injuria de confundirlos ni complicarlos con esa confabulación inicua de elementos retrógrados y de ambiciosos, de odios sectarios y de raza, de restauraciones monárquicas vergonzantes, de jesuitismo y pretorianismo, que anhelan reemplazar las virtudes y las libertades de la República, con la alianza sombría y brutal del sable y de la sotana. No, venimos en el momento crítico para los destinos de la gran nación amiga, cuya revolución ha beneficiado al género humano, a expresarles nuestros votos y anhelos, porque prevalezca la libertad y la justicia."⁹⁷

Los oradores restantes fueron Pedro Bourel, el estudiante Manuel Fernández, que habló en nombre de la juventud universitaria, y un Belisario Roldán aún plenamente identificado con el liberalismo⁹⁸. En sus discursos se hizo referencia a la cuestión francesa, entendida como un conflicto entre reacción y progreso, y se solicitó la derogación del decreto que daba a la policía poderes sobre el derecho de reunión.

En la concurrencia, según *El Nacional*, "se hallaban confundidas todas las clases, representadas por un importante núcleo de trabajadores, personalidades de figuración en el parlamento, hombres de negocios muy conocidos, militares de alta graduación, y la juventud universitaria en gran parte representada". No podemos conocer a ciencia cierta quienes componían el público, aunque de la lectura de las adhesiones podemos realizar algunas inferencias.

Entre las largas listas de adherentes al acto predominaban los apellidos españoles e italianos, siendo escasísimos los franceses y menos frecuentes aún los judíos.

Muchos de los partícipes de la manifestación eran, seguramente, socialistas y radicales, mientras para el caso de los trabajadores sólo conocemos la adhesión de la Sociedad de Obreros Marmoleros⁹⁹.

⁹⁶ Ramón J. Cárcano, *Mis primeros 80 años*. Buenos Aires, Sudamericana, 1943, pp. 80-81.

⁹⁷ *La Prensa*, 18 de septiembre de 1899, p. 5.

⁹⁸ Como afirma Viñas, Roldán sería el orador predilecto de una oligarquía que lo requirió para la sistematización de sus éxitos y la justificación de las primeras leyes antiliberales. Cf. David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, CEAL, 1994, vol. 2, pp. 247 y ss.

⁹⁹ *El Nacional*, 16 de septiembre de 1899, p. 1.

Entre los políticos que firmaron la adhesión al acto se encontraba Isaac Areco, que había sido Ministro de Gobierno de Buenos Aires y diputado provincial y entre los periodistas e intelectuales dejaron constancia de su adhesión Luis Peroni, director de *L'Emigrato* –periódico socialista de los inmigrantes italianos–, R. del Campo, director de la Revista *Criminología Moderna*, los directores de varios diarios del interior del país y Francisco Latzina. El caso de este último, geógrafo y estadístico, resulta particularmente significativo, ya que en la edición de aquel mismo año 1899 de su *Diccionario Geográfico Argentino* había mostrado fuertes prejuicios antisemitas, lo que no le impedía abrazar la causa de la libertad de Dreyfus¹⁰⁰. Su posición no resultaba excepcional, debido a que también en otros países apoyaban a Dreyfus personas con este tipo de prejuicios, pero capaces de distinguir entre un caso individual y su disposición negativa a los judíos como grupo¹⁰¹. El caso de Latzina muestra que, también en Argentina, la disposición a defender la causa del ex capitán se asociaba de manera inescindible al compromiso con el ideario liberal, independientemente de cualquier otra consideración.

La manifestación de Buenos Aires no concitó tras su realización ninguna reacción contraria de significación, y aún *La France* debió reconocer la corrección del acto y manifestar su apoyo a lo allí expresado.¹⁰² Seguramente la debilidad del catolicismo porteño motivó tal ausencia de conflicto, sobre todo si tenemos en cuenta que una manifestación similar realizada en Córdoba, donde el peso clerical era considerablemente más importante, despertó serias reacciones de los sectores ligados a la Iglesia. En efecto, como respuesta al carácter eminentemente anticlerical de la manifestación –en la que participaron todas las colectividades extranjeras, incluidos los franceses– los católicos cordobeses llegaron a solicitar que se aplicaran castigos a los empleados públicos que participaron de la protesta, a exigir la renuncia del Jefe de Policía de la Provincia por haberla autorizado y a preparar –a través del Club Juventud Católica– una contramanifestación, finalmente suspendida¹⁰³.

El 20 de septiembre de 1899, al llegar a Buenos Aires la noticia del indulto concedido a Dreyfus, la agitación de los días anteriores se acallará. *El Caso* como ocasión para la toma pública de partido había terminado –de hecho la noticia de la rehabilitación definitiva de Dreyfus en 1906 no despertó en Buenos Aires ninguna polémica– aunque comenzaba otra etapa: la de su uso como modelo de una lógica de intervención pública y como matriz interpretativa de la política.

¹⁰⁰ Decía Latzina: “Mientras la miseria cunde y la usura extiende sus garras para arruinar millones de familias, el Barón Hirsch, este moderno Moisés de frac, monóculo y corbata blanca, coge la ocasión por el cogote para dirigir el éxodo de los judíos expulsados a la República Argentina, en la seguridad de que aquí no se le opondrá obstáculos a la creación de su nueva Palestina. Si estos judíos son agricultores y artesanos, bienvenidos sean, pero si han de querer llevar esa existencia parasitaria que tan odiosos los ha hecho en Europa, entonces valdría más que se volvieran, porque el número de judíos de profesión, no circuncisos, es ya de suyo aquí tan crecido que constituye una verdadera calamidad.” Francisco Latzina, *Diccionario Geográfico Argentino*, 3ª Edición, Buenos Aires, Peuser, 1899.

¹⁰¹ Shmuel Almog, *Nationalism & Antisemitism in Modern Europe 1815-1945*, Oxford, Pergamon Press, 1990, p. 46.

¹⁰² *La France*, “La Morale de L'Histoire”, 18 de septiembre de 1899, p. 1.

¹⁰³ *La Prensa*, 18, 19 y 21 de septiembre de 1899; *La Nación*, 16 de septiembre de 1899; *L'Italia al Plata*, 13, 14 y 17 de septiembre de 1899. *El Nacional*, 16 de septiembre de 1899.

Tras *El Caso*

En los meses inmediatamente posteriores al indulto, la Revista Nacional –órgano cuyo interés central era la reconstrucción del pasado nacional– afirmaba, en un comentario sobre el Código de Justicia Militar del Perú, que “En momentos en que la justicia militar, con motivo de la causa Dreyfus, ha sufrido y con razón, un fracaso universal (...) es de lamentar que la nación hermana no se haya dado cuenta de las causas fundamentales de los crímenes cometidos con Dreyfus.”¹⁰⁴

No era esta la primera referencia a Dreyfus, tras el indulto, en una publicación editada por intelectuales¹⁰⁵, pero sí –hasta donde sabemos– la primera ocasión en que su caso se empleará en Argentina como modelo, en este caso de una situación arquetípica de injusticia provocada por la existencia de fueros militares.

Las figuras de los intelectuales *dreyfusards* se agigantarán entre la opinión pública liberal y, sobre todo, entre los intelectuales y militantes de izquierda, al punto que en ocasión de la muerte de Zola, en 1902, no sólo la mayoría de los diarios le dedicará en sus primeras planas homenajes casi unánimes, sino que además, la manifestación en su honor –en la que socialistas y anarquistas se disputaron en sus discursos su herencia intelectual– reunió más de tres mil personas en las calles de Buenos Aires¹⁰⁶.

Los intelectuales argentinos de comienzos del siglo XX, como sostiene Leticia Prislei, otorgarán a los *dreyfusards* –sobre todo a Zola, Jaurés y Anatole France– una dimensión emblemática, sea por la apelación a sus figuras en las argumentaciones contra el antisemitismo, el clericalismo y el chauvinismo, sea como referencia ejemplar del modo de participar en la escena pública. Aún entrada la década de 1920, la actitud de los intelectuales *dreyfusards* fungirá como modelo para interpretar la Revolución Rusa o el proceso contra Sacco y Vanzetti¹⁰⁷.

En los años '30, cuando el antisemitismo sea agitado por los nacionalistas argentinos como bandera política, los usos del caso se potenciarán nuevamente. Así, en su réplica a *Oro* de Hugo Wast, César Tiempo verá en aquel libro una reiteración de las injurias difundidas en la Francia del *affaire*, y se esperanzará en que, como el de los *antidreyfusards*, su destino fuera el olvido¹⁰⁸. En sentido inverso, *Crisol*, *Bandera Argentina* y otras publicaciones de derecha se referirán recurrentemente al “traidor Dreyfus” como modelo de la conducta que entendían era inevitable en los judíos.

¹⁰⁴ *Revista Nacional*, Año XV, Vol. I, tomo XXIX, marzo de 1900, p. 268.

¹⁰⁵ A fines de 1899 la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (Año II, n° 4, 1899) había reproducido un artículo sobre el caso Dreyfus del corresponsal en París del Times, O. de Blowitz, reconocido por sus servicios a la revisión del proceso.

¹⁰⁶ *La Protesta Humana*, 11 de octubre de 1902, p. 1, *La Vanguardia*, 4 y 11 de octubre de 1902, p. 1.

¹⁰⁷ Leticia Prislei, “Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos. (Del fin del siglo a la década del '20)”, *Entrepasados. Revista de Historia*, Año II, n° 2, comienzos de 1992, p. 43.

¹⁰⁸ “¿Por qué torturarse en tratar dramáticamente un libro y un autor a quienes el olvido y el desprecio tragarán en poco tiempo? Hace poco el telégrafo nos anunciaba la muerte del coronel Alfred Dreyfus, símbolo de un pueblo inmovible. Su nombre ha ganado ya la inmortalidad, junto con el de Zola, France y Clemenceau (...) ¿Quién se acuerda hoy del capitán Henri, del conde Estherhazy y de todos los miserables que complicaron a Dreyfus en el proceso, sino para deseales larga vida en el infierno?”, César Tiempo, *La Campaña antisemita y el director de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Ediciones de Mundo Israelita, 1935, p. 50.

Esta enumeración de efectos podría continuarse hasta bien avanzado el siglo, ya que el carácter modélico que asumió *El Caso* lo convertiría en una referencia inevitable al momento de analizar fenómenos de discriminación, de crisis política y judicial o de intervención política de los intelectuales.

¿Cómo explicar el impacto del caso Dreyfus en Buenos Aires? ¿Cómo apreciar su real dimensión?

Una de las primeras claves de respuesta a estas cuestiones reside, sin duda, en la enorme influencia que ejercía Francia sobre la actividad cultural de la Argentina. Si, como sostenía Emilio Daireaux, el argentino era un pueblo “más conquistado por las ideas francesas que las mismas colonias que desde siglos pertenecen a la Francia”¹⁰⁹, no resulta sorprendente que un caso que conmoviera tan fuertemente a la opinión pública francesa repercutiera en Buenos Aires. En este contexto, el enorme prestigio que como escritor había alcanzado Emile Zola en el Río de La Plata, desde muchos años antes del *affaire* Dreyfus, resulta igualmente determinante. Si bajo su inspiración el naturalismo se transformó en una de las principales expresiones literarias locales en la década de 1880, y habiendo sido su obra ampliamente difundida en Argentina, la intervención de Zola encontraría en Buenos Aires un público predispuesto favorablemente a escuchar, y seguramente a aceptar, su palabra. Resulta en este sentido sintomático que ni siquiera *La Voz de la Iglesia*, pese a repudiar el contenido de su obra, haya puesto en duda la calidad de su producción literaria.

No puede dejar de reiterarse aquí la fortaleza del consenso genéricamente liberal en la Buenos Aires de fines del siglo XIX, lo que explica que la gran mayoría de las intervenciones locales se hayan alineado con las de los *dreyfusards* franceses. Podríamos decir que en aquel período en Buenos Aires no subsistían demasiadas personalidades públicas católicas de relevancia, mientras el nacionalismo no se había convertido aún — como ocurriría desde fines de la década de 1920— en una expresión política cerradamente antiliberal.

Mientras las intervenciones hostiles a Dreyfus y Zola quedaron restringidas a los católicos, lo que se explica por razones ideológicas que trascendían a la Iglesia Argentina, resulta imposible diseñar una tipología del campo *dreyfusard* porteño en base a la actuación local de sus actores.

Si es cierto que la adhesión a las posturas *dreyfusards* resultaba casi inevitable — tanto desde un punto de vista puramente ideológico cuanto desde la perspectiva de la actuación internacional de las fuerzas con las que se identificaban— para socialistas, anarquistas y liberales, no es menos cierto que entre ellos encontramos figuras contradictorias. Lo que estaba en cuestión era una defensa genérica de grandes principios, con una muy débil traducción local¹¹⁰ —de hecho, la manifestación del 17 de septiembre sólo

¹⁰⁹ **Vida y costumbres en el Plata**, Lajouane, 1888, citado en Hugo Biagini, **Cómo fue la generación del 80**, Buenos Aires, Plus Ultra, p. 35.

¹¹⁰ Testimoniando esta afirmación, pasadas unas pocas semanas desde la manifestación, los socialistas se quejarían de los “dreyfusistas” argentinos, que ignoraban el caso de un periodista cordobés encarcelado por hacer públicos los abusos de los militares de su provincia: “...los hombres que hicieron oír su voz cuando se ultrajó a la justicia en Francia se callan completamente, encerrándose en una indiferencia vergonzosa cuando a esta justicia se la está ultrajando en la Argentina.

“¿A dónde han ido los indignados manifestantes que en el *meeting* pro Dreyfus ruidosamente protestaban contra la funesta preponderancia del militarismo francés? ¿A dónde han ido los austeros anticlericales que

se pronunció por la derogación de un decreto, pero sin cuestionar en nombre de los principios del liberalismo al orden político vigente— lo que permitía que sectores muy heterogéneos quedaran englobados en la convocatoria. De tal modo, estudiantes y profesionales, políticos desplazados por los sucesos de 1893, como Bourel, y funcionarios de la intervención federal que terminara con su carrera, como Isaac Areco; *La Nación* y *La Protesta Humana*; intelectuales consagrados por el aparato cultural de la oligarquía, como Belisario Roldán y quien impugnaba, como Francisco Barroetaveña, el régimen político oligárquico; se encontraban alineados tras los mismos principios.

Aunque resulta posible identificar a grupos particularmente activos, como los estudiantes, los anarquistas e importantes sectores de los inmigrantes italianos que conservaban posturas anticlericales, así como remarcar el silencio de los hombres del oficialismo, seguramente motivado en consideraciones de índole diplomática, se torna una tarea inútil, dado lo general y abstracto de los principios defendidos, diseñar una tipología de los *dreyfusards* de Buenos Aires.

Resulta en cambio relevante la apreciación de la importancia que las repercusiones de *El Caso* alcanzaron en Buenos Aires. Si para ello empleáramos como fuente las biografías, autobiografías o memorias de los actores, descubriríamos que su trascendencia fue ínfima, ya que prácticamente no existen registros de esta índole que demuestren que aquellos que tuvieron alguna forma de actividad pública en la cuestión hayan considerado que esta merecía ser recordada. Sin embargo las fuentes que hemos utilizado en nuestra investigación muestran que las repercusiones del caso Dreyfus en Buenos Aires distaron de ser insignificantes.

Es probable que dos factores expliquen, aunque sólo de modo parcial e incompleto, la ausencia de testimonios de los actores. En primer lugar, los distintos modos de intervención no alcanzaron continuidad en el tiempo, de manera que entre el punto más alto de participación de los porteños —la manifestación del velódromo— y el indulto con que el caso terminó pasaron sólo tres días. En segundo lugar, las formas que la solidaridad con Dreyfus adquirió en Buenos Aires se parecían menos a un combate, para el que debe existir un rival de fuste al que enfrentarse, que a un monólogo en el que se expresaron, sin costo alguno para los partícipes, posiciones de principio. De tal modo, estos sucesos no reunieron las condiciones, a las que podríamos exagerar llamando “épicas”, necesarias para que su consideración haya perdurado en sus memorias.

Esta ausencia de registro, sin embargo, no impide que *El Caso* pueda ser evaluado como una cuestión de importancia, y seguramente la de mayor peso entre los sucesos internacionales, para la opinión pública porteña de los años 1898 y 1899. En efecto, *El Caso* fue en Buenos Aires, dada la amplia difusión que alcanzó, un asunto de opinión que excedió en mucho a las élites políticas o intelectuales. También fue una ocasión de desarrollar formas específicas de adhesión —a través de las tomas de partido públicas, las manifestaciones, las conferencias, la creación de comités de solidaridad y la emisión de decenas de telegramas— tanto hacia las personas de Dreyfus y Zola, como hacia los principios cuyas figuras representaban.

no han sabido decir una palabra frente a lo ocurrido en la provincia más católica de nuestra tierra? ¿A dónde han ido los demócratas que alzaban himnos de entusiasmo a los principios de la revolución francesa? ¿A donde han ido los radicales que aconsejaban al pueblo una lucha sin cesar contra el pasado que quiere recobrar su dominio?” “A los dreyfusistas argentinos”, *La Vanguardia*, 21 de octubre de 1899, p. 1.